

Orosmán Moratorio

La Ciudad que Desaparece



Montevideo

1945

Poseer recuerdos es riqueza de pocos: celeste riqueza. No sólo quien alumbra, sino sobre todo quien recuerda, se halla en circunstancias benditas.

SOREN KIERKEGAARD.

NOTA DEL EDITOR

Por la preocupación de su hija Arsinoe, que ha hecho un culto del recuerdo de su padre, y conserva amorosamente —lo que todos le debemos agradecer— el material édito e inédito, que dejara el autor de "Dulce calma", aparece este breve libro, precursor —lo auguramos— de nuevos volúmenes.

No nos corresponde emitir opinión sobre este tomo, que es, quizás, el más sentido y el más amado de Orosmán Moratorio.

El lo había ordenado y dispuesto, como una ofrenda filial, a ese dulce y tranquilo Montevideo de hace seis u ocho lustros, que amaba recorrer morosamente, saboreando su encanto, aún un tanto aldeano, el silencio de sus viejos rincones y la íntima poesía de sus quintas familiares y sus jardines floridos y amables.

No refleja esta colección de ágiles crónicas, más que un aspecto y una parte de la copiosa y brillante producción de quien diera al teatro nacional una veintena de comedias, —casi todas representadas—, material para más de un volumen de cuentos excelentes e innumerables artículos, notas y perfiles biográficos, que, a pesar del apremio con que eran realizados por su destino periodístico, reúnen valores y cualidades, que los hacen aparecer siempre frescos, siempre interesantes y siempre actuales.

Orosmán Moratorio, que tuviera la fortuna de heredar de su padre —de quien llevaba el mismo nombre— junto con el gusto por las letras, muchas de sus notables condiciones, era poeta de verso fácil y armonioso, hombre de teatro y chispeante humorista, facetas puestas de relieve en su amplia producción.

Su padre —a nuestro parecer injustamente olvidado— posee un acervo rico y fecundo. Amigo de Elías Regules, cuenta con composiciones criollas tan valiosas como las del autor de "La tapera" y se engalana de una prioridad honrosa, es quien, con "Juan Soldao", inicia la producción de la dramática nacional gauchesca.

Como su padre, también deja nuestro autor, mucho material de teatro aprovechable, porque refleja una época y un proceso evolutivo de nuestras modas y costumbres interesantísimo.

Orosmán Moratorio, que se extinguió a sólo cuarenta y cinco años, fué ejemplo de laboriosidad, cuanto de honradez profesional, pues, cuidando como un verdadero artista el fondo y el estilo de su producción, dió una gran dignidad a ese periodismo que cultivara, elevándolo a la categoría de arte que le corresponde.

OROSMAN MORATORIO

Quizás con la misma emoción que Orosmán Moratorio pergeñara, en su fluído y elegante estilo, sus delicadas y hondas crónicas montevideanas, trazo yo estas líneas de homenaje y recordación y penetro en su obra copiosa y varia y en el palpitante mundo de los recuerdos a él referentes.

Sus manos pálidas y finas, bajo cuyo nervioso apremio creador temblaron muchas de estas cuartillas amarilladas por el tiempo, ya no reproducirán el milagro de sus entrañables evocaciones sentimentales, ni estrecharán las nuestras con esa pura amistad cordial de que eran dueñas.

Ni su frente, que se perdía en la incipiente calva de marfil, se inclinará en esa especie de función de foco que va iluminando sobre el papel el desenredarse del pensamiento.

Pero ni una ni otra, ni el sentidor corazón, que presidía y regulaba su función de poeta y de artista, se verán defraudados, pues un amor puro, noble y vigilante, ha impedido se cumpla la amarga y dolorosa aprensión de nuestro amigo, que, en el prólogo que compusiera para estas páginas rubrica ese concepto, que es la angustiosa tragedia de nuestros escritores: **"Este es un libro que quizás no se publique jamás".**

Es posible que la protesta contra esa oscura amenaza, que turba y desazona la celeste hora de la labor de nuestros creadores, fuera la mejor ofrenda a su vida, que no se malograra porque sus días terminaran demasiado pronto, sino porque su vocación superior hubo de ser supeditada a las exigencias ineludibles de la lucha por la existencia.

Afirma el norteamericano Charles Morris que un medio social equilibrado, donde el ser humano no estuviese urgido por la perentoria opresión material, permitiría la expansión ilimitada de toda la fértil e incalculable posibilidad del hombre.

En curiosa teoría determinista, Eugenio D'Ors, sostiene que es fatídica la normal eclosión del talento.

Entretanto, los hechos nos comprueban que escritores excelentemente dotados, que, como en el caso de Moratorio, han

dado pruebas brillantes de su capacidad, no sólo no han podido desarrollar en toda su amplitud y su dimensión su obra, sino que nos enteran que pesó sobre ellos, como una fatal inhibición, esa idea estéril del temor de la inutilidad y lo baldío de su esfuerzo.

No significa tal afirmación un propósito de disminuir la importancia del ingente acervo que nos legara el autor de "El dolor de soñar", pues la hondura y la sutileza de sus piezas teatrales; el lirismo y la inventiva de sus breves motivos autóctonos; la pintura, la sobriedad y la psicología, puesta en evidencia en sus cuentos, como la fina gracia y la melancólica ternura, —a veces un tanto escépticas—, de las crónicas de su amada ciudad natal, lo contradecirían, y, sólo nos atrevemos a sostener que quizás quedó por decirnos cosas más grandes, cosas más hondas y cosas más bellas.

De que no se traduzcan en realidad esos frustrados mensajes, tenemos todos un poco la culpa, y mucho el ambiente, contra cuya opacidad y sordera y pese a su espesa valla de silencio, irrumpen la idea, la gracia y el canto de los ignorados y los olvidados, que contribuyen a hacer sonoro e ilustre el nombre de la patria.

Ya que parece que —en general— no somos capaces de hacer justicia en vida, sería acertado y plausible que el Estado destinase fondos para que no se perdiese la obra de los escritores desaparecidos.

Esto propendería a equilibrar la acción y la ética de los intelectuales, a quienes todo se les exige, —alma y carne, creación y usufructo—, sin ofrecérseles otra compensación que la clásica de la socorrida moraleja de "la satisfacción del deber cumplido".

La moral de los del oficio —que hoy se ha puesto en moda criticar y poner en duda, no sin cierta razón— es, en el fondo, la moral colectiva.

El intelectual es la síntesis y la culminación de la inteligencia, cuanto de la ética de una sociedad, y la despreocupación, la subordinación y hasta la indiferencia con la que aquélla lo trata, no sólo da la medida de su capacidad espiritual, sino de su propia carencia de respeto a si misma.

Esa actitud suicida y negativa enrarece la atmósfera de la natural expansión de la mentalidad colectiva, que quizás con ello, se está mutilando de sus más fecundas y magníficas floraciones.

Es preciso propiciarlas y hacernos dignos de ellas, respondiendo a un sentido cabal y profundo de las mismas exigencias que nos plantea la convivencia democrática de la que alardeamos.

El arte cuenta entre sus hermosos y honrosos recuerdos el

de una edad de oro en la cual los grandes señores se erigían en mecenas espléndidos de los poetas y de los artistas.

Eso hoy debe nacer del propio seno del pueblo que, más o menos conscientemente, se da su propia autoridad, que debe responder a su misión rectora, elevando la dignidad del hombre y dando la jerarquía condigna a los que la merecen.

Hay que impedir, pues, que los escritores se amarguen y se envenenen, viendo marchitarse en sus almas sus sueños que no encuentran el camino de la vida y hacer imposible que alguien repita con desolado y amargo fatalismo, esa frase que es una condenación colectiva: "este libro que tal vez no se publique jamás".

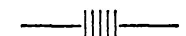
Quizás parezcan extemporáneas estas expresiones polémicas en el umbral de este volumen emocionado y tierno.

Las creo necesarias.

No comprendo el arte sin el temblor y el sabor calientes, de la sangre y de la vida.

No admito esta artesanía, simple, delicada y tremenda, sino como un combate y una intervención activa y ardiente en los vivos problemas de la sociedad donde se actúa.

Es más, entiendo que sería negarse y quizás contradecir a un espíritu luminoso, soñador y humano, como el de Orosmán Moratorio, no vincularlo, no mezclarlo en esta lidia que continuamos batallando y que a él —estamos seguros— lo alcanzó, lo hirió, lo conmovió, y quizás le produjo la idéntica reacción que cumplimos con el deber de exponer en nuestro mejor homenaje a su obra y a su vida.



Es posible que Orosmán Moratorio, que amaba y dominaba su oficio, hubiese querido que lo exaltásemos en él. Entendemos que lo superó, siendo uno de los escasos periodistas a quien no devoró el periodismo y ello porque lo adornaban las cualidades que le permitieron escribir —por ejemplo— con tanta densidad, justicia y elocuencia, sobre el autor de "El león ciego", de quien dijo que "le dolía en el corazón".

Ese mismo sentimiento, esa misma pasión, experimentaba nuestro autor por su ciudad natal.

Montevideo le dolía en el corazón, pero también le sonreía en la gracia y en la poesía, que nobilizaron y perfumaron sus perdurables páginas.

MONTIEL BALLESTEROS.

RAZON DE SER DE ESTE LIBRO

Cuando yo era muchacho, Montevideo también era muchacho porque era sólo un pueblo grande. Nos criamos juntos. El vió cómo iba estirando mi figura de niño endeble y cómo un día me salieron pantalones largos y cómo poco a poco fuí cobrando aspecto de hombre. Yo ví, entre tanto, cómo se iba extendiendo rápidamente mi pueblo grande; avanzando por el Sur hasta Punta Carreta; avanzando por el Este hasta Los Pocitos; avanzando por el Norte hasta el Paso del Molino; avanzando por el Oeste hasta la falda jugosamente verde del Cerro.

Nos criamos juntos y nos quisimos.

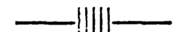
Todas sus calles viejas me conocieron y me sintieron andar por ellas satisfecho y alegre, inundado en la luz de sus soles transparentes, entre la amistad fraterna de sus casonas primitivas y de los muros que cerraban sus baldíos. Calles viejas cien veces recorridas por el solo, simple placer de sentirme entre ellas o por el goloso incentivo de sus rítmicas mujeres opulentas. Jamás otro hombre se sintió mejor dentro de sí mismo o dentro de su casa.

Montevideo, mi pueblo grande que ví crecer, retribuyó generoso mi sentimiento amante, porque fué extendiendo ante mi vista la magia de la transformación de su belleza; inundándose ante mí, de lindas casas blancas, como en una ola de civilización, desde la calle Maldonado hasta los solitarios lavaderos de la Estanzuela y hasta la punta agresiva de la farola y subiendo hasta la mitad del Cerro y aromándose entre los fantásticos jardines hacia el Norte y hundiéndose, por las pendientes que ruedan hacia el Sur, en las aguas azules del gran río.

Montevideo es un gran juego de perspectivas, en un estallido de policromías, es una combinación interminable de horizontes diversos. Inundado en su atmósfera transparente, todavía aldeana ella también, parece en los mágicos días de sol percibir la sensación de la belleza de la luz en su plenitud.

La aspereza hosca del Cerro, como un monumento de la raza, como un trasunto de las épocas indígenas y el recuerdo de los pobladores coloniales, gente de guerra, gente que vivió en la perpetua inquietud de la sangre y de la muerte. Razas de bárbaros y de héroes.

Y frente al Cerro, como una expresión de los días actuales, en pugna con la fortaleza colonial que aún lanza sus cañonazos a la salida y a la puesta del sol como cuando era necesario anunciar la apertura y la clausura de las puertas de la ciudad, levanta hoy Montevideo el rascacielos, símbolo de civilización. Gigantesco centinela, gigantesco vigía, observador perpetuo del más dilatado horizonte del mar y del más dilatado horizonte de la tierra. Sale al encuentro de los navegantes, sale al encuentro de los emigrantes, para anunciarles que ya sobre estas costas que fueron inhóspitas y agresivas se levanta una civilización...



Montevideo fué siempre mi mejor amigo, mi más grande amigo. En la sensación de belleza y de serenidad que me brindaron su luz, sus colores, sus horizontes insospechados pero ávidamente buscados por mí, encontré mil veces la paz del espíritu y la serenidad del corazón, y en gratitud hacia ella jamás sentí hondamente el ansia de andar fuera de mi ciudad, de atravesar otros horizontes, de vivir otras ciudades. La inquietud de andar me la contuvo mi propia ciudad. Y quise a mi ciudad como yo deseé, cuando traspuse los treinta años, que me quisiera una mujer. Y así como hubiéramos deseado que el tiempo se hubiera detenido para la mujer a quien amamos. Así como muchas veces hemos cerrado los ojos para evocar los años pasados olvidando el presente, a fin de ver con los ojos de nuestro corazón a la madre como cuando era joven todavía, como cuando era una madrecita casi niña, de rostro sonrosado y de ojos luminosos. Así como muchas veces hemos deseado detener el tiempo sobre la cabeza del hijo pqueñito, ante la certidumbre de los dolores, de las inquietudes y de las desesperanzas que le han de sobrevenir, así muchas veces he sentido hondamente el anhelo de retener a Montevideo, de perpetuarlo tal como era en la época en que los dos empezábamos a vivir, en que mi ciudad era un pueblo grande, en que yo era un muchacho endeble a quien un día le salieron pantalones largos...

En esos hondos momentos sentimentales escribí las páginas que componen este libro (un libro que tal vez no se publique jamás) y que son, una por una, expresión de la sinceridad de quien amó a su Montevideo. Han transcurrido varios años desde que surgió la primera página hasta que fué tra-

zada la última. Pero las informa un mismo plan, palpita en ellas un mismo sentimiento y las domina un mismo pensamiento. De ahí que, a pesar de la diversidad de los temas, sea un libro coherente como si hubiera sido escrito día tras día en un lapso determinado.

Casi todas estas páginas fueron dadas a la prensa —expresamente escritas para la prensa— desde 1917 hasta 1927. La mayor parte de ellas se publicaron con el título común de "Emociones montevideanas" y otras con los títulos de "Emociones de la calle", "Aspectos montevideanos", etcétera. Creo que este libro debiera llamarse "Emociones montevideanas". Pero desde la época en que empecé a escribir estas páginas hasta el instante en que las reúno (he perdido muchas de ellas, sin embargo) se ha escrito tanto acerca de Montevideo, constituyéndose una literatura alrededor de ella y generalmente con el adjetivo "montevideano", que a la fecha parece una repetición más, una copia más de cuanto se ha escrito, aun cuando en los días en que se originaron estas páginas no se había iniciado este "montevideanismo" que hoy a tantos domina.

Prefiero llamarle, en consecuencia, "La ciudad que desaparece". Porque es eso, precisamente, lo que quise hacer: retener en la crónica lo que yo conocí de Montevideo, retener en el papel aquella Montevideo de mi juventud, que evocarán con emoción los hombres de mi edad y que no conocieron los jóvenes actuales. He creído hacer historia, historia sin cronología y sin episodios trascendentales, sin acontecimientos políticos y sin episodios guerreros. Pero toda ella verdad, hondamente vivida y hondamente sentida. El documento de esta historia soy yo mismo... No tiene bibliografía...

Sólo aspiro a que dejen estas páginas una emoción en los hombres sinceramente montevideanos, en los hombres a quienes la luz, los colores y los horizontes insospechados de Montevideo, hayan dado paz a su espíritu y serenidad a su corazón...

Octubre 17 de 1927.

Cuando yo tenía siete años, hubiera querido ser Robinson Crusoe. Después, muchos años después, me expliqué el origen de este deseo mío. Yo soy un sujeto individualista, no en el concepto sociológico, sino en el orden psicológico. Yo siempre quiero valerme de mi mismo, sentirme plantado en mis pies por mi propio esfuerzo. Cuando he necesitado del esfuerzo ajeno para colocarme en situación normal, nadie ha venido en mi auxilio y me he dolido de ello, aunque no he llamado a nadie ni nadie escuchó de mis labios una queja. Pero después que me he levantado, he sentido honda y orgullosa satisfacción de haber procedido sólo por mi propio esfuerzo.

Siento ya en mis músculos la fatiga, en mis entrañas el laceramiento, en mis nervios el relajamiento que me ha causado la continuidad del esfuerzo que fué necesario realizar. Pero percibo en cambio en mi espíritu la satisfacción, orgullosa y egoísta, de no deber nada a nadie y deberlo todo a mi solo esfuerzo.

Sin embargo, en eso he malogrado las mejores energías de mi vida y siento que el desgaste producido es mayor que el bien logrado. He comprado en cien lo que sólo valía cincuenta. He realizado un mal negocio, pero he cumplido con la vida.

OROSMAN MORATORIO.

La Ciudad que Desaparece

CIUDAD MUERTA

Volver a vivir, resucitar... rejuvenecerse... afán de huir a la muerte... Eterna y absurda quimera, ridículo empeño de la fantasía.

Y sin embargo, a pesar de todo, me he echado a andar en esta tarde luminosa y tibia, por las silenciosas calles de mi adolescencia, las calles entre las que viví en los días en que mi corazón despertaba a todas las palpitaciones de la vida y en que mi fantasía se lanzaba a las más bellas regiones de lo absurdo. Qué afán de encontrar el pasado! Qué inútil empeño, en el corazón, despertaba a todas las palpitaciones de la vida y en que mi fantasía se lanzaba a las más bellas regiones de lo absurdo. Qué afán de encontrar el pasado! Qué inútil empeño, en el corazón, de hallar resucitado algo de la vida de aquellos días!

A mi paso se levantan los recuerdos como una bandada de pájaros que hubieran estado allí disfrutando de la calma y del silencio. Poca gente anda por allí a estas horas. El asfalto ha cambiado el aspecto de las calles que fueron ruidosas cuando por su empedrado pasaban los carros. Algún automóvil pasa ahora, silencioso.

Del otro tiempo sólo quedan las casas, pocas casas ya, porque casi todas están transformadas o renovadas. Sus paredes parecen frías ahora, mudas, indiferentes a mi paso. La gente que asoma a las puertas o a las ventanas, no me conoce. Tampoco la conozco yo. Cuando aparece un rostro en plena juventud, siento la tristeza de ver que son otros los que ahora juegan o sueñan como yo jugaba y como yo soñaba en aquellas calles, quizá en aquellas mismas casas. Percibo la sensación de la inestabilidad, de la transformación, de la renovación indiferente, incesante.

Yo también me fuí, yo tampoco existo. Como se transformó mi físico, cambió también mi espíritu. Y si todavía sueña mi fantasía, si todavía siente un cálido latido mi corazón, ya ni mi corazón ni mi fantasía son aquello que fueron hace veinte años.

Paso indiferente ante todo y delante de todos. Pienso que estoy paseando por una ciudad muerta. No encuentro un solo conocido.

Me cruzo con un hombre en decrepitud. Tiene el cabello blanco, tardo el andar, deformada y sucia la ropa. Me mira por sobre el aro de sus lentes, se detiene un instante, me observa de la cabeza a los pies... ¿Es algún amigo de aquel tiempo? ¿Habremos jugado o habremos soñado juntos alguna vez? Nada me recuerda su figura, pero la mía quizá le haya evocado algo, porque sigue andando lentamente y volviendo la cabeza para observarme, hasta que se pierde en la vuelta de una esquina. Hubiera querido detenerlo, haberle hablado y que hubiera sido un amigo que olvidé. Sin embargo, no pude hacerlo. ¿Porqué?

¡Qué necesidad de remozar el corazón provoca en mí todo esto! Y llamo en una casa que permanece sin transformarse. En el interior del patio están las mismas macetas y, quizás, las mismas plantas. Un hombre encorvado, con gafas oscuras que le ocultan los ojos, que anda lentamente apoyado en un bastón y que parece un personaje de "Azorín", me recibe en el zaguán. Lo recuerdo bien a pesar de su espantosa transformación.

—Estoy medio ciego, hijo mío. Apenas te veo... Pero te reconozco por la voz. Me acuerdo que hacías versos y... cómo te gustaban las mujeres y cómo te gustaba soñar... Yo creía que ibas a ser incapaz de trabajar... Sin embargo, uno se equivoca, se equivoca siempre. Uno comprende, al fin, que lo único que hace el hombre en la vida es equivocarse...

Vuelvo a la calle. ¿Esto es lo que me queda de mi pasado juvenil?

Me queda, también, la casa donde vivió la primera mujer de quien me enamoré. Una mujer de doce años! Pero, ¿para qué necesitaba más mi fantasía? Tampoco está ella allí. ¿Qué rostro tendrá ahora? ¿Cómo será ahora? En la puerta juegan tres niñitos. Hay una nena en cuyo rostro mi imaginación se empeña en evocar el rostro de la novia infantil.

Todos, todos estamos sustituídos ya.

Sigo andando. Siento en la garganta un amargor que parece subirme del corazón. Ando por una ciudad muerta. Hasta los recuerdos estaban muertos y yo he ido a despertarlos.

Apresuro el paso para salir pronto de allí. Siento necesidad de reintegrarme a la vida, de sentirme yo nuevamente, de volver al yo de todos los días, de este yo que ha aprendido al fin a dejar resbalar muchas cosas por sobre la superficie endurecida del corazón. Aunque no haya aprendido a callar.

De pronto, el aroma violento de unos jazmines me detiene junto a una pared. Es un jardín tapiado, el mismo que conocí y que con sus aromas saludaba mi paso en las noches de verano. Su aroma sensual es lo único vivo, igual, que resta, en esas calles, de mi tiempo pasado. Aspiro hondamente, profundamente, y ya no es sólo el aroma de los jazmines, sino de las madreselvas y de otras flores, lo que me llega en el hálito tibio de la tarde cuya luz empieza a menguar. Es igual, es el mismo amigo mío de otros días, este jardín. Es el pasado vivo, inmutable, siempre en su plena juventud!

Pero la diversidad de perfumes me trae el recuerdo de los jardines del cementerio...



Subo a un automóvil y huyo, a todo andar, de la ciudad muerta...

LA LIBRERIA DE IBARRA

—Si han pasado ustedes por Rincón y Juan Carlos Gómez, ¿se han dado cuento de lo que falta allí?

—¡No!

—Falta la Librería de Ibarra.

—¡Oh!... ¡Es verdad!

Es que todas las cosas que nos rodean, aquellas mismas que algún día encerraron para nosotros un recuerdo o un afecto, se van así, sin que nos demos cuenta de ello. No tenemos tiempo para fijarnos en eso, y cuando un día nos lo señalan, exclamamos atónitos: ¡Oh!... Es verdad!

Sin embargo, la Librería de Ibarra, que fué con la de Hernández una de las primeras que tuvo Montevideo, se estaba yendo lentamente desde hacía tiempo. En eso sí, nos habíamos fijado bien. Allá por el 52, época de emigraciones argentinas, llegaron los Ibarra a nuestra ciudad. Y don Francisco Ibarra instaló en aquella esquina la Librería Argentina, que fué centro editor y vehículo importante de la cultura montevideana. En la esquina opuesta, en la de 25 de Mayo, formando el otro punto importante de la cuadra que se llamara calle de los Judíos, en los tiempos que sucedieron al coloniaje, se hallaba la Librería de Hernández, convertida luego en la Librería Nacional y centro eminente de la intelectualidad de una época.

La sucesión de los años trajo muchas transformaciones en el comercio de libros, se extendieron por toda la ciudad las librerías y la Librería Nacional fué transformándose al punto de no quedarle ni un solo rastro material de su pasado. Pero la Librería de Ibarra se mantuvo siempre igual, como aferrada a la tradición, a su pasado, prefiriendo irse como cosa vieja antes que ceder a la ley inquebrantable de la renovación.

No queremos decir cuántos, pero hace ya muchos años que la veíamos siempre igual, con la misma estantería oscura, de molduras abigarradas, que le daban aspecto de despacho de farmacia; con los mismos dos pequeños mostradores en el mismo lugar, con las mismas ediciones en los escaparates, los mismos textos escolares en las vidrieras, la misma silla de

Viena (¿cuántos años hace que no se usan sillas de Viena?) colocada en el mismo lugar, donde todas las tardes descansaba la figura escueta de don Francisco Ibarra dirigiendo hacia la calle por sobre el arco de su afilada nariz la mirada de su pupila oscura.

Esa atracción que ejerce en los hombres el escaparate de las librerías como en los chicos los escaparates de las confiterías, nos hacía detener muchas veces frente a las vidrieras de "lo" de Ibarra. Las ediciones más jóvenes eran de 1890; casi todos eran libros de texto y todavía estaban allí Cortambert, Ritt, Berra, Langlebert, Duruy y el enorme cartapacio del atlas de Zerolo. La paz de aquellos respetables libros vetustos jamás fué alterada por la aparición de un Bergson, de un France, de un Benavente, de un Kipling y no mencionemos a Joaquín Belda, el bacilo que ha infectado los que fueron saneados estantes de las librerías montevideanas!

Hacía tiempo que la Librería de Ibarra se iba, se iba lentamente, silenciosamente, humildemente; parecía que se iba con resignación estoica, llena del recuerdo del pasado y llena de rencor hacia el presente que pasaba su indiferencia delante de sus empolvados escaparates. Parecía que en su testarudez se disponía a morir antes que a renovarse. Era la matrona de rancia aristocracia que no somete su orgullo a la miseria y que sólo lo rinde a la vejez y a la muerte.

Alguna mucama que iba a pedir que le permitieran hablar por teléfono, y nada más; parecía que allí no entraba nadie desde quien sabe cuantos años y sólo se veía en su interior un chico de guarda-polvo blanco detrás de un mostrador, mirando hacia la calle con vago mirar. En todas las cosas el tiempo había puesto su pátina imborrable; en la cabeza de don Pancho Ibarra, en la estantería, en los libros que nunca se vendieron, en las tablas del piso amarillento.

Cierta vez empezaron a despoblarse los estantes; poco a poco iban desapareciendo los volúmenes que los llenaban. Quién sabe quien los compraba; quién sabe dónde los llevaban. Cada día más vacíos los estantes. Hasta el enorme atlas de Zerolo que se mantuvo inconmovible dos años en una vidriera, desapareció también. Algo de hondo dolor, de tremenda tragedia íntima había en aquello.

Un libro que no se vende, es siempre un dolor latente; un libro que no se vende más, es en cierto modo una tragedia que se le olvidó a Shakespeare. Hubo un momento en que en la Librería Argentina no quedaron más que cuarenta o cincuenta libros; en los estantes habían comenzado las arañas a tejer dulcemente sus maravillosas filigranas y el chico del guarda-

polvo blanco se había quedado dormido, los brazos enlazados sobre el mostrador, la cabeza sobre los brazos...

Al día siguiente, las puertas de la Librería de Ibarra no se abrieron. No sabemos qué día fué aquel, pero hubiéramos querido anotarlo porque fué el día en que desapareció una tradición montevideana que murió de pie, sin un gesto, sin un lamento, sin una protesta, como dicen que morían los estoicos.

LA CIUDAD QUE DESAPARECE

Menguada época ésta en que se construyen las casas para vivir en la calle, en que el sentido de la belleza de las cosas más íntimas de todos los días ha sido dominado por el absurdo afán de lo arbitrariamente feo. La casa sólo interesa por el vecino que nos observa o por el transeunte superficial y curioso y se pone toda la preocupación de la casa en el aspecto del frente del edificio. En el frente queda todo; la mitad, cuando menos, del coste de la construcción y todo, entero, el mal gusto y la espantosa incomprensión de la belleza. En el interior no se necesita nada; ni luz siquiera, ni aire siquiera; la luz y el aire están en la calle; apenas si las casas se necesitan para dormir.

Y esta ciudad, que va viendo desaparecer las viejas casas familiares en que se edificaba para vivir, en que se ponía en las casas todo el dinero necesario pero que, primero, se ponía en ellas todo el calor de nido que hay en la reunión de todas las cosas profundamente cordiales; esa ciudad, va convirtiéndose en ciudad de cartulina, de papel "marché" hecha para gentes que no han tenido tiempo de enriquecer su corazón en el afán de enriquecer el bolsillo.

¿Será que nosotros nos vamos sintiendo viejos, nos vamos quedando rezagados? Cuantas veces hemos pensado en esto, hemos sentido un estremecimiento en el corazón, no por la preocupación de envejecer, sino por la incapacidad de continuar al mismo paso que la vida.

Pero esta nueva ciudad que está apareciendo dentro de esta blanca Montevideo de nuestra juventud, es fea, por las formas absurdas y los colores detonantes de la edificación; es falsa, porque se construye con materiales deleznables y con el propósito de engañar con una apariencia de mayor valor. El afán está en haber gastado mucho o, sino se puede, en la apariencia del gran gasto. Se edifica para quince días. Parece que nadie advirtiera que una ciudad es algo más que el trabajo de tramoyistas de teatro...

Y las casas se construyen para vivir en la calle!

La vieja casa familiar de la que nos fueron sacando, a unos, la vida; a otros, la muerte! De tal modo pusimos en ella nuestro corazón, que hoy, que no existe, la llevamos en nuestro corazón. El antepasado que la construyó, la hizo, evidentemente, para alojar en ella su amor y su honradez, su paz y su fatiga, su alegría y su dolor, para que fructificaran allí, para que allí radicaran para siempre. Y allí quedaron, hasta que poco a poco, a unos la vida, a otros la muerte, nos fueron sacando de allí.

Abiertas las paredes blancas del enorme patio sobre un trozo muy azul del cielo; todo el aire y toda la luz de Dios venían por allí, al través de la vieja parra, a alegrar las jaulas de los pájaros criollos, a introducirse, por las enormes puertas, en las habitaciones enormes; en el sobrio comedor, cuya mesa recordaba a cualquier hora la figura del abuelo que desde la cabecera presidía las comidas; en la sala de grandes sillas enfundadas en que se sentaban las visitas, unas señoras lindas con pesados vestidos de brocato negro, cuyas manos, hasta la mitad enguantadas, mantenían el ritmo de grandes abanicos, herederos directos de los historiados "pericotes".

Todo estaba construído allí "para siempre". Porque aún cuando, por nuestra desgracia, es cierto que nada ha sido hecho para perdurar, es verdad también que para que la humanidad perdure —según lo manda la Naturaleza— es preciso que cada hombre lleve siempre en sí la pobrecita idea de que él y todo lo suyo está preparado para la inmortalidad.

Allí estaba, como centro de la casa, como eje de la existencia del hogar, el oscuro sillón de la abuela, donde la abuela, siempre, siempre, siempre levantaba una mano por sobre las cabezas infantiles para hablar de los premios que en esta vida alcanzan los niños buenos; movía las dos manos en el prodigioso tejer de dos agujas plateadas o pasaba lentamente, una a una las cuentas del gran rosario que guardaba pendiente de la alta cabecera de la cama.

La madre (¿por qué se habrá concluído esa clase de madres jóvenes?) con su lindo rostro sonrosado, todavía joven, había trocado al día siguiente del matrimonio, su tocado de soltera, por el sobrio tocado que entonces llevaban las esposas; cuando los hombres se detenían en los límites de la irreverencia ante las esposas; cuando las esposas hubieran enrojecido de vergüenza y llorado de dolor, si por su imprudencia se les hubiera llegado a suponer solteras. La madre, que corría por toda la casa, que llenaba toda la casa, ordenándolo todo, llenándolo todo con la sonoridad de su risa o con el encanto de sus manos en el piano, ponía su corazón también en la cocina

(hoy en las casas de cartón se compra la comida hecha!) y así la mesa que presidía el abuelo, un poco rígido y otro poco rezongador, parecía que, de veras, tuviera el pan de Dios.

Y seguramente, ahora, ya vieja la madre, ya convertida, a su vez, en abuela —aunque hace muchos años que el destino nos dispersó a todos— seguramente se siente una satisfacción muy grande al pensar, contemplándola con un poco de orgullo, que mamá no bailó el "shimmy", que no vivió sus noches en esa aberración cinematográfica de hoy, que las más bellas emociones de su corazón las halló en su hogar. Y, pensándolo, se sienten sin duda deseos de agradecer a mamá su vida toda, la vida en aquella casa que construyó uno de los antepasados para radicar en ella, eternamente, su amor y su honradez, su paz y su fatiga, su alegría y su dolor.

Vieja Montevideo de las viejas casas que se transforman en inquilinatos o en oficinas y de las frondosas perfumadas quintas del Paso del Molino, reducidas a casitas de alquiler, mutiladas por los solares a plazo; vieja Montevideo de las casas bajas, llenas de la alegría del sol y de la luz; cuanto más te van transformando, cuanto más te borran y te cambian por esta nueva ciudad de cartón-piedra, más fuertemente ahondas en nuestro corazón.

UN POETA FRACASADO

Cuando yo lo conocí, hace quince o veinte años, ya tenía aspecto de vejez; ya llevaba blanco el enorme bigote que cubría su boca grande de labios gruesos y ya su cabellera se estaba haciendo gris. Tenía ojos oscuros de mirada bondadosa y junto a sus párpados cabrilleaban innumerables pequeñas arrugas que le daban una graciosa expresión sonriente. Era sincera la expresión de sus ojos, porque de su grande alma ingenua surgía en todo instante una cálida expresión de cordialidad. Era bueno, bueno de noble bondad, de esas bondades que en quien las observa, dejan la sospecha de que quizá en el fondo de aquella alma hay un impulso de artista o de poeta que no logró salir a flor de corazón.

Cuando yo lo conocí, lo primero que supe de él fué que era periodista. Para mí, que todavía no había traspuesto la puerta de una redacción, tenía el periodista un extraño encanto que era a la vez un prestigio de algo a lo que se atribuye un valor que se desconoce. ¿Cómo y hasta qué punto pesaba la opinión de ese hombre dentro de la prensa y, por consecuencia, en la opinión de la gente? Esto, que yo no podía saberlo, me hacía más sugestiva su figura. No hubo necesidad de que transcurrieran muchos años para que yo pudiera llegar al fondo del alma de este que fué noble amigo mío.

En la prensa de hace un cuarto de siglo, se llamaba "gacetilleros" a los cronistas, cuya tarea consistía en traer a la redacción y acumular en dos o en tres macizas columnas, bajo el título de "Gacetilla", todas las noticias que se juzgaban interesantes. El viejo Fénix fué quien dió brillo e imprimió el sello de su personalidad a esta sección, remozándola y dándole inesperado interés. Puede decirse que Fénix ennobleció la "Gacetilla".

A esta clase de periodistas, a los "gacetilleros" anónimos, modestos, que parece que de pronto quisieran volcar toda su alma dentro del diario, decir en la prensa todo lo mucho que hay en el fondo de sus almas obligadas al silencio, pero que siempre optan por seguir escribiendo, con mala o buena letra,

pero siempre resignadamente, sus noticias diarias, a esta clase de periodistas pertenecía mi amigo, que para mí fué un poeta fracasado. En las conversaciones de la redacción, en las silenciosas horas nocturnas en que lo único que no descansa es el taller de linotipias, que obliga a trabajar constantemente, este hombre hablaba con la elocuencia de su experiencia de todas las cosas, opinaba sobre todos los problemas con criterio claro y pensamiento honrado, con el calor de quien siente en lo hondo las cuestiones de interés general.

Y durante las noches, a veces también durante las tardes, este hombre que había pertenecido a todos o casi todos los diarios, recorría todas las redacciones, donde invariablemente encontraba la cordialidad que había conquistado en su vida de hombre bueno. Pero todos, dentro de las redacciones, habíamos observado que este hombre, que este periodistas, ya viejo, distraía sus horas nocturnas en la tarea de reunir todos los diarios que encontraba en todas las mesas, y aún en el suelo, de todas las redacciones. De cada redacción salía cada noche con un enorme atado de diarios debajo del brazo.

¿Para qué quería esos diarios, que seguramente no leía? Los muchachos de las redacciones, riendo, hacían quién sabe cuantos comentarios. Y no faltaba, claro está, quien creyera y afirmara —asegurando haberlo visto— que con las montañas de diarios viejos recogidos durante un mes, este pobre amigo veía aumentada en algunos "reales" la exigua paga de su pobre tarea de gacetillero. Pero él no decía, él jamás dijo nada; y cada vez que le hacían alusión a sus diarios él contestaba con una sonrisa, con una de esas sonrisas que al hacerle cabrillear las innumerables pequeñas arrugas de sus párpados y de sus sienes, daban a sus ojos y a su rostro una dulce y paternal expresión de bondad. ¿Para qué quería los diarios? ¿Qué hacía con tantos diarios?

Una noche, una madrugada, un compañero de la prensa lo sorprendió en inesperada y rara tarea. Eran las tres de la mañana. En una esquina de una calle un poco oscura, a pocos metros de la puerta de la casa en que vivía, acababa de detenerse este hombre que, aún cuando hacía un rato había recorrido todas las redacciones, no llevaba su montón de diarios debajo del brazo. Era raro, pues el paquete de diarios debajo del brazo era como una extensión de la propia personalidad. ¿Qué le habría ocurrido?

Al llegar a la esquina, un tropel de gatos le salió al encuentro. Eran gatos de todo color, de todo tamaño, que aparecían unos por un lado, otros por otro, como tropa convocada de pronto por un toque de "llamada". Algunos de esos animalitos maullaban muy dulcemente mientras estiraban hacia el

hombre sus expresivos hocicos; otros, runruneando, refregaban sensuales la seda de sus pieles por los tobillos del viejo amigo, en tanto que alguno, más osado, apoyaba sus patas delanteras en el muslo del hombre y olfateaba, codicioso, el bolsillo de la americana.

Y del bolsillo de su americana extraía, entonces, el viejo gacetillero, uno, dos, tres, cuatro o más paquetes prolijamente dispuestos, en que había carne fresca y cuidadosamente cortada, con que el amigo obsequiaba, noche a noche y año tras año, a todos los gatos de la vecindad. Y mientras comían, levantaban de cuando en cuando la cabeza para contemplar al "hermano hombre" y alguno de ellos solía enviarle un tierno maullido de gratitud, en tanto que el hombre contemplaba el espectáculo, sintiendo una vibrante sacudida de emoción en el pecho.

Desde ese día, nadie más le preguntó para qué quería los diarios; muchos de nosotros nos cuidábamos de guardárselos. Y yo tuve entonces el convencimiento de que en ese noble amigo mío, en cuya alma sospeché siempre la existencia de un artista que no logró salir a flor de corazón, había un poeta fracasado...

LA INVASION DE LOS GORRIONES

Era aquel hombre una especie de Rossell y Rius en embrión; quizá un Rossell y Rius en estado rudimentario. Había reunido en su casa, del Cordón, una casa azul bordeada por un jardincito, algunos animales más o menos domésticos. Yo no sé si aquello lo hacía por vanidad o por amor a los animales, pero lo indudable era que aquella incipiente colección zoológica cumplía un fin social, puesto que "La Quinta de los Bichos" era el objeto de todo interés y aún de todas las preocupaciones de las criaturas de mi tiempo. Uno de mis hermanos pequeños, había observado que en una jaula de "La Quinta de los Bichos" existía un mono que "subía para arriba y bajaba para abajo".

Aquel hombre, al venir de la región italiana donde nació, quiso traer algo de su país, algo que perpetuamente le recordara su tierra, y así como el emigrante sentimental alguna vez ha traído ocultamente guardado en el bolsillo un puñado de polvo del suelo ingrato que abandonó maldiciendo, aquel hombre que vivió rodeado de animalitos, trajo unas jaulas llenas de los pájaros más divulgados de su tierra, los pájaros que ponían una nota de movilidad rumorosa en las calles y en los campos de su patria y que al propio tiempo ponían una sugestión de glotonería en el plato de "polenta" de la casa familiar.

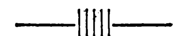
En el momento de desembarcar en el puerto de Montevideo, tuvo que abandonar los pájaros. Porque se lo impedían los reglamentos sanitarios o porque los derechos de importación eran excesivos —la causa poco importa— el hombre aquel abrió las puertas de las jaulas y los pájaros entraron a Montevideo por el aire, como pájaros y no como prisioneros. Era una nueva inmigración y era, al mismo tiempo, el símbolo de las inmigraciones fundamentales del Uruguay, la italiana y la española, porque si los pájaros venían de Italia, donde se llamaban "pásulas", también procedían de España, donde se llamaban "gorriones".

Pocos años después de aquel episodio acaecido al propie-

tario de "La Quinta de los Bichos", los prolíficos pájaros a los que llamaron gorriones los descendientes de españoles y pásulas los descendientes de italianos, se apoderaron de Montevideo. Los pájaros criollos, los "chingolos" y los "mixtos", que enjaulaban los muchachos de otro tiempo, fueron poco a poco cediendo espacio a los inmigrantes, fueron poco a poco abandonando la ciudad e internándose cada vez más en el campo, del que procedían.

Ese ha sido también el proceso operado por la inmigración entre los hombres. El criollo ha debido ser lentamente absorbido y sometido por las costumbres y por los pensamientos de los inmigrantes, pero también entre los hombres ha habido chingolos huraños, rebeldes y testarudos, que se han refugiado en la soledad melancólica de los campos a guardar su implacable rencor contra los gringos. Desde que dominaron los gorriones, ya no se ha vuelto a ver en la ciudad a los saltarines chingolos de patitas muy largas y cabeza muy pequeña, ni a los mixtos "chispeadores", que ahora se venden en la feria como novedad excepcional.

Ahora, las pásulas son los pájaros de Montevideo. Como los hombres, estos descendientes de inmigrantes son los nuevos individuos de una nacionalidad nueva... Como los inmigrantes, los gorriones predominan en el ambiente, pero el ambiente a su vez los ha absorvido...



Mientras los quinteros del Paso del Molino, de Peñarol y de Sayago, implacablemente los persiguen y los ahuyentan, en las calles y en las plazas y en los parques de la ciudad, los gorriones son los únicos seres vivientes que disponen de completa, de toda libertad para su vida y de todos los elementos esenciales para su existencia. ¿Serán los gorriones los seres más felices de Montevideo? Sin embargo, bien pudiera ser que no...

No se podría establecer si el encanto que ponen en las cosas de las calles, de las plazas y de los parques, nos lo ofrecen los gorriones en retribución de esa libertad que les concedemos y que nosotros jamás conoceremos, o si surge de ellos, sólo como consecuencia inmediata de esa misma libertad, que algunas vez hemos envidiado. El caso es que alguna tarde, al pasar por allí con el ánimo predispuesto, quizá nos hemos detenido impensadamente cubiertos por la sombra de alguna de las palmeras de la plaza Cagancha, para bañarnos en el arrullo que desde ellas dejan caer los gorriones sobre las cabezas de los transeuntes.

Y ha sido quizá en ese momento, que hemos observado, sobre un banco, a la mucama gallega de mofletes enrojecidos por la salud y por el rubor, que al sentir su mano asida por la ruda mano del "primo", sueña con que los pájaros de las palmeras cantan para ella y para su amor cantos de ruiseñor... Y ha sido quizá en ese momento que hemos observado que la madrecita que ha colocado al hijo muy pequeñín en el coche de "los carneritos" y va tras éste anhelante, ansiosa, convencida de que la criatura realiza la primera de sus grandes hazañas, cree que los gorriones cantan himnos de alabanza a ese hijo maravilloso...

Los gorriones son los únicos seres que en Montevideo disfrutan de libertad, de "la" libertad; por eso quizá están llenos de encantos, por eso hacen pintoresca la vida de la calle, por eso despiertan la atención de las criaturas, por eso hacen a veces poner reflexivos a los hombres, por eso hacen soñar a las novias y a las madres...

LOS JUBILADOS DE LA PASIVA

A muchos de ellos los conocí hace veinte años. Unos eran empleados de la Aduana, otros del Correo Central, otros de la Dirección de Impuestos. Algunos ya no tenían aspecto juvenil, pero eran hombres en la plenitud del vigor; ante mis ojos de muchacho ingenuo que recién empieza a otear los horizontes del mundo, esas figuras aparecían nimbadas del prestigio que ofrece el hombre que ha vivido y que influye en la vida común por sus definidas cualidades individuales. Una circunstancia poderosísima había, sobre todo, para que yo tuviera un cierto respeto superticioso por esos hombres, esos buenos hombres de hoy: sus barbas. ¿Acaso quienes fueron muchachos en el tiempo en que yo también lo fuí no sintieron, como yo, ese mismo temeroso respeto hacia los hombres, sólo por sus barbas? Por eso quizá había en aquella época mayor número de muchachos de espíritu encogido, temerosos, que ahora en que los hombres, sin barbas de ninguna forma, tienen aspecto de muchachos; ahora, así como los hombres pueden forjarse la ilusión de un prolongamiento juvenil, los muchachos encuentran en el hombre de rostro mondo al amigo bien compredido, pues en tanto que el hombre se obstina en ser muchacho, el muchacho se empeña en ser hombre.

Recuerdo bien, a través del tiempo, la figura de algunos de aquellos hombres que ahora casi diariamente encuentro, adheridas las espaldas a las paredes de los comercios de La Pasiva, la mirada vaga, el cigarro entre los labios, haciendo más pronunciada la caída del belfo, o sentados a la sombra, que dibuja agresivas flechas, de las palmeras de la plaza Independencia. Ese que está siempre a la puerta del café, cada una de cuyas manos apoya en un bastón para no ceder a la influencia torturante del reumatismo, que ha perdido una enorme fracción de su volumen físico sobre el cual las ropas, de un verde que se deslíe cada vez más, caen como sucios cortinados; ese que fuma en enorme boquilla negra que originariamente fuera blanca tibia de conejo (¡lujo masculino de hace un cuarto de siglo!) y cuyo rostro terroso ya está dejando

señalar las duras líneas de la calavera, fué empleado de Aduana. Era erguido, de ceño adusto, de porte sereno y grave, de vientre agresivo, como si en él ostentara todo el relieve de su personalidad.

¡Cuántas cosas graves y trascendentales —pensaba yo— sabría ese hombre para permanecer en la situación prominente a que había llegado! ¡Cuánta cosa importante había en él, que yo no podría poseer sino a cambio de vivir mucho, o que yo no podría poseer de ninguna manera! Sin embargo, supe después, no sin desmedro de mis ilusiones de muchacho, que ese señor tan importante hacía diez y ocho años que, sin faltar un solo día, sólo se dedicaba a copiar notas, con letra impecablemente correcta. Sin duda a esto, a tan recomendable buena letra, debió su eminente situación administrativa y su vientre agresivo que parecía ostentar todo el relieve de su personalidad!

Como éste, todos, todos los demás han cambiado, pero son ellos mismos, se les reconoce a través de la acción catastrófica de los años y de sus enfermedades de sujetos sedentarios. Se les recuerda bien, se les ve bien; sólo que se advierte de inmediato que no son ellos mismos por completo, tal como hace veinte años eran. Hoy son como las caricaturas de sí mismos. A mí me parecen una crueldad de la naturaleza, que se complace en poner en evidencia todo cuanto en el hombre hay de insignificante y de ridículo. Entre tanto, el tiempo los va desmoronando, los va desgranando, los va pulverizando.

¿Qué hacen, los jubilados, paseando las aceras de La Pasiva, decorando con su decadencia las puertas y vidrieras de los "boliches" de La Pasiva, fumando, con la mirada vaga, adheridas las espaldas a las paredes o a las columnas de La Pasiva, cruzando, en los buenos momentos de sol, a sentarse en un banco a la sombra, que dibuja agresivas flechas, de las palmeras de la plaza Independencia?

Cansados, fatigados de tanto copiar notas, de tanto asentar números en los libros de la administración nacional, aburridos, imposibilitados para la acción porque "el empleo" los hizo sedentarios, sin voluntad, sometidos, extrañando el sucio rincón de la oficina donde vivieron treinta años, esperan. ¿Acaso todos, a cualquier edad, no esperamos? Todos, allá en el fondo de nuestros corazones, esperamos "algo", algo que jamás podremos precisar; pero ellos, que trabajaron, que vivieron y que están ahora arrojados por el ímpetu arrollador de la vida, al margen de la existencia, perdidos en la agitación de la ciudad, leños flotantes en medio del mar, esperan también. Esperan la muerte.

¿Qué otra cosa pueden esperar? ¿Qué otra cosa pueden

hacer? Inermes, aburridos, con el cerebro desvaído acuciados por los crueles alfilerazos del reumatismo, fuera, para siempre, de la normalidad a que hicieron su vida, los jubilados ya no pueden hacer nada, sino seguir su aburrimiento, su abulia, su modorra. Así, recostados, echados, sentados, esperando que llegue la muerte, haciendo antesalas a la muerte. Nada más. Nada tienen ya de la vida; han trabajado y ahora les pagamos para que esperen tranquilamente a la muerte, para que no protesten y se indignen y se desesperen viendo llegar la muerte con el hambre y con la miseria. Toma eso y muérete tranquilo. Y ellos, esperan. Esperan la muerte aun sentados en los bancos de la plaza Independencia, a la sombra de las palmeras, donde ponen los gorriones su inquietud vital, y frente a la gente que de continuo pasa, inquieta, ocupada, tranquila, feliz, indiferente, pero que es impulso vital también como el de los millares de gorriones que pían en las palmeras.

Cuando veo a los jubilados de La Pasiva que me muestran la crueldad y la implacabilidad de la acción del tiempo, y que me recuerdan que están, día tras día, esperando la llegada de la muerte, inermes, inútiles, siento que una congoja se aferra al fondo de mi corazón. Y quisiera que mi mano, hecha a la febrilidad de escribir y escribir continuamente, se sintiera un día de pronto detenida, fulminada por al muerte, aún en el mejor minuto de la existencia, antes que hallarme alguna vez así, en medio de la plaza, bajo la buena caricia del sol, en medio de la vida y el arrullo de los pájaros que se aman en las palmeras, aguardando el paso de la muerte, esperando el turno de la última pirueta.

LA SILUETA DE ROBERTO

En aquellos días, todavía tenían las calles centrales de Montevideo, ese aspecto que presentan en las fotografías viejas en las fotografías de la época en que fué demolida la Ciudadela. Habían aparecido los primeros automóviles, escandalizando con su estrépito a los viejos y llenando de ansiosa curiosidad a los jóvenes. La calle Sarandí era el único núcleo humano importante; bastaba que a una persona la conocieran allí, para que poco después se le conociera en toda la ciudad; y como la prensa no había logrado proporciones en realidad populares, se hablaba en la calle Sarandí en voz alta para que se enterara toda la población.

Las figuras arrogantes de Teófilo Díaz y de Amaro Carve —como obstinadas en sobreponerse a la acción del tiempo— alternaban en la puerta del Club Uruguay y en la esquina de la confitería del Jockey Club. ¿Cuánto tiempo hace que han desaparecido de las puertas del Club Uruguay los viejos, los clásicos viejos que durante muchos años, durante largos años, fueron "la juventud" del Culb Uruguay? Han ido desapareciendo lentamente, uno tras otro, y casi no hemos advertido la transformación de las reuniones verpertinas en las puertas del club donde aún se mantiene inquebrantada e inquebrantable la silueta de Blas Vidal.

Quedaba todavía, en la entonces ya vieja Botica del Romano, restos de una antigua reunión de médicos y de vecinos del Montevideo de treinta años atrás, cuando los escasos pobladores de la ciudad mantenían la aldeana tradición de las reuniones en la botica y se acostaban a las diez de la noche. Pero en este tiempo, en que empezaban a circular los primeros tranvías eléctricos, la Botica del Romano, aún a pesar de su aspecto vetusto, seguía siendo uno de los más importantes establecimientos de la ciudad.

Frente a la botica, quince o veinte metros más hacia el centro, Orsini Bertani, un hombre siempre joven a pesar de su enorme calva, expulsado de Buenos Aires como anarquista peligroso, había establecido una librería con más idealismo

que dinero, por más que no le faltaba dinero. Por ese intermedio, Bertani contribuyó a la cultura popular en grado tal como quizá un hombre solo, por su exclusiva cuenta, no lo había hecho hasta entonces. Bertani abarató el libro en proporciones asombrosas, al punto de que la generación que entonces surgía, pudo satisfacer todas o casi todas sus inquietudes espirituales.

Y entonces, en oposición al núcleo de los viejos elegantes del Club Uruguay, en las puertas de la Librería Moderna se constituyó el núcleo de muchachos de talento que abrigó el espíritu protector de Bertani, que ejercía de Mecenas, con entusiasmo —hoy todavía— admirable y ejemplar. Emilio Frugoni, después de su rotundo canto romántico "Bajo tu ventana", publicaba "El eterno cantar"; Angel Falco, en la plenitud de su admirable candor que le hizo creerse llamado a transformar la faz del mundo, había dado sus "Cantos Rojos"; Aurelio del Hebrón, un niño casi, que un día, improvisadamente, había "engarzado" a su cabeza de romántico germano un sombrero gris de amplias alas y había ido a lucir su silueta a la calle Sarandí, publicaba su "Domus Aurea"; y casi todos los componentes de aquel grupo fueron, unos tras otros, apareciendo en los escaparates de las librerías de la ciudad: Armando Vasseur, Roberto de las Carreras, Juan José Illa Moreno, Manuel Medina Betancort, Guzmán Papini, Carlos Zum Felde, Manuel Pérez y Curis, Francisco Alberto Schinca...

Pero en la calle Sarandí de entonces, lugar desde el cual quien levantaba la voz se hacía oir de toda la ciudad, había un figura que pasando de las puertas del Club Uruguay a las de la confitería del Jockey Club, de las de la Librería Moderna a las de la Botica del Romano y del Café del Comercio a la plaza Independencia, lo llenaba todo. Era Roberto de las Carreras.



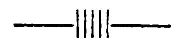
Fué aquélla una época de florecimiento de la bohemia, pero de la bohemia con talento, que es la única soportable y admirable. Fué en aquella época que tuvieron su esplendor Roberto de las Carreras, Julio Herrera y Reissig, Angel Falco, Leoncio Lasso de la Vega y otros de menor brillo, que no fueron sino bohemios por temperamento y por talento.

Mientras Julio Herrera y Reissig sumía su bohemia viciosa en una habitación construída en una azotea, y a la que su imaginación denominó "la torre de los panoramas", pintado desde allí paisajes vascos, Roberto de las Carreras

adoptaba las más extravagantes "posses" callejeras por el deleite de "epater le bourgeois". (Tenía algo del afán de "dandysmo" y algo del afán de asombrar, que tuvo Baudelaire). En aquellos días, la figura de Roberto de las Carreras llenaba toda la calle Sarandí; era el objeto de la atención de todos los paseantes, de la aldeana curiosidad de unos y del picante anhelo de algunas muchachas de imaginación fácil, que iban por las tardes, a cruzarse en el diario camino de aquel sujeto extravagante. Era una figura popular y, encanto para muchos, que había quienes se complacían en llamarlo simplemente Roberto, como lo llamaban sus amigos, sus corifeos y sus admiradores.

Naturalmente —esto es un signo característico de nuestro "aldeanismo"— todos expresaban en voz alta su indignación contra aquel hombre que no sólo vestía de manera distinta a todos y de ello hacía gala, sino que revelaba ideas absurdamente contrarias al orden moral preestablecido y que, además, tenía talento. Pero esto era la exterioridad, que se creía necesario conservar; porque, en el fondo, todos, comprendiéndolo o no comprendiéndolo, conservaban un poco de simpatía para aquel sujeto extravagante que escribía libros que escandalizaban a las personas serias y que ponían curiosidades malsanas en los corazones femeninos.

"Sueño de Oriente", libro morboso y bello, que revela el temperamento de su autor en quien no todo, por cierto, era intento de "epater", porque tenía un buen fondo de valiente sinceridad: "Sueño de Oriente", libro que al aparecer en los escaparates de las librerías hizo volver el rostro escandalizado de muchos honrados montevideanos, apareció rodeado de una leyenda sensual y perversa, en grado tal, que, sin duda fué el primer libro nacional que se vendió y se leyó de veras, (y quizás hoy, volviéndolo a leer, las curiosas muchachas de entonces, sonreirían de la ingenuidad de la época, que les obligaba a leerlo ocultamente!)



Roberto paseaba su aspecto de lánguida indiferencia. contemplativo siempre, y como resignado a consentir que le observara el vulgo. Paseaba invariablemente desde la calle Ituzaingó (pasando, en las horas de salida de misa, frente a la iglesia Matriz, con pretenciones de Luzbel), hasta la plaza Independencia. De cuando en cuando, en las tardes de verano, consentía en dejarse ver en la playa Ramírez o por las noches asomaba su silueta a la "terraza" de los Pocitos.

Era apuesto, de elevada estatura, y tenía un andar como displicente, acompañándose de un finísimo bastón de junco en el que parecía que deseara apoyarse. Llevaba ropa, de colores extravagantes, muy ceñida al cuerpo, como si sobre él hubiera sido cosida, poniendo en relieve líneas acentuadamente femeninas. Se tocaba con un sombrero blando de enormes alas planas, bajo las cuales surgía abultadamente el caudal de los dorados bucles de su cabeza germana, en cuyo rostro asomaban unos grandes ojos claros y lucía un fino y rizado bigote rubio.

Roberto de las Carreras llenó toda una época montevideana, que fué la de su juventud. Disfrutó del aprecio que merecía su talento, que nadie desconoció; pero disfrutó más todavía con la certidumbre de que ponía una inquietud en los pobres de espíritu y una angustiada palpitación de curiosidad en muchos corazones femeninos...

Roberto desapareció al fin. Parece que, desde entonces, no hubiera habido nada personal, original y fuerte en la calle Sarandí...

LLEGAN LOS INMIGRANTES

El Montevideo de este siglo, que es el Montevideo del puerto —del puerto de que hablaron siempre nuestros antepasados y en cuya realidad nadie creyó,— ha ganado en escenas y en figuras pintorescas, de valores diversos y hasta sin valor alguno. Hace veinte años, la mayoría de la población no había visto de cerca un transatlántico y tenía de él conceptos fantásticos y absurdos; de las únicas embarcaciones que llegaba a tener noción exacta era de las "bucetas" atracadas a la escalera de piedra que daba frente a la Aduana y que por diez centésimos conducían a los pasajeros hasta los vapores fluviales, y de los remolcadores de Lussich o de Pascual (el "Emperor", el "Porwerfull", el "Corsario"), que al ser amarrados a los viejos muelles parecían amenazar de derrumbamiento todo el maderamen.

De la emoción de un transátlantico que llega (mayor que la de un transatlántico que parte) no podía disponer como de cosa frecuente y ordinaria la población montevideana. Esto lo aportó el puerto a las costumbres de la ciudad, el puerto que extendió sus murallones hasta más allá de donde tenían su fondeadero los vapores de la carrera entre Montevideo y Buenos Aires. Y la población ha sentido todo el valor de esa emoción, y cada vez que en el antepuerto aparece aproximándose a los muros la silueta gris y enorme de un paquete de ultramar, hay una cantidad enorme (en la dilatación de las explanadas parece apenas un puñado) de gente que apresurada se agrupa frente al lugar en que ha de lanzar su ancla el transatlántico. La mayoría de esa gente, que cree ir allí por curiosidad, se reune frente al barco que llega, conducida por la emoción, por la enorme palpitación de vida, sin trabas, que desborda de una embarcación que viene de Europa.

Pero, para el que observa desde la explanada, el barco lleva sólo en un extremo (el resto aparece insensible y frío) ese calor de vida que ha provocado esa congregación de gente heterogénea frente a la nave. Hay calor, color y murmullo de humanidad en la proa, que desborda de muche-

dumbre, de colores, de voces, de ruidos, de olores, de olor de mar, de olor de campo y de olor de miseria. Pero los rostros, y en los rostros, los ojos de aquella gente que llega, son, sino todo el espectáculo, el mayor valor del espectáculo.

Allá arriba, desde la borda, hay ojos que escrutan, febricientes, inquietos, entre las cabezas de los que aguardan en tierra. Son ojos que quieren descubrir una figura, una silueta, un rostro. Son ojos de padres que buscan a los hijos que se anticiparon en el camino de promisión; son ojos de hermanos que buscan a los hermanos; son ojos de esposas que buscan a los esposos; son ojos de novias que buscan a los novios. Son todos los que se quedaron allá, en el pueblo, en la montaña, mientras los otros luchaban, sufrían, enriquecían o fracasaban en América, y que al fin, después de tanto pensar en el viaje propio, después de haber agotado el último recurso antes de vender la casa, antes de vender los bueyes y antes de vender los instrumentos de labranza, han concluído también por lanzarse al enorme océano, obstinados siempre en la esperanza que al fin, un día, ha de estrellarlos para siempre contra la realidad.

Los ojos, por más que buscan, no ven; la inquietud es incontenible y entonces los labios desbordan toda la emoción del que llega y que anhela ver al que aguarda. De pronto cae desde allá arriba, muy dulce, muy cantarina (porque cae sin duda desde lo alto de un corazón) una voz que llama: —Juanicooo! Y entonces otros labios se abren para dar paso al propio anhelo y también llaman: —Manolitooo!

El rostro de una vieja (rostro rojizo y rugoso) bajo la envoltura de un pañuelo rojo, azul y amarillo, se ha asomado por entre dos desgreñadas cabezas masculinas y se ha iluminado, de pronto, porque ha visto en tierra lo que esperaba, lo que ha venido a buscar, sin duda. Y llama, llama con voz de infinita dulzura, que parece sin embargo, el comienzo de un sollozo: —¡Meu filho!... ¡Meu filho! Junto a nosotros, un hombre de rostro cetrino y recios bigotes, un hombre con expresión de dura energía, contesta con toda su boca, con toda su alma, con todo su corazón: —¡Mamá! y se lanza a llorar, llora ruidosamente, llora escandalosamente; y sin embargo, nadie sonríe, nadie advierte la ridícula expresión de aquel hombracho que así, como un niño pequeñito, llora.

Un momento después, entre la gente que llega y entre la gente que espera, se ha establecido una comunicación cordial. Se bromea, se ríe, se llora, se grita. ¿El abuelo? El abuelo ha muerto, hijo mío!... José no pudo venir: perdió el vapor!... El mulo se lo vendimos al tío Roque!... La Juana casóse con el de García!... Qué cielo más desteñido tenéis aquí!...

Todos se hacen allí comunicativos, y un hombre que ha ido allí a mirar, nada más que a mirar porque no piensa en volver a su tierra, nos dice, locuaz: —Yo soy napolitano, ¿sabe? Soy de Campossolo, un pueblito de más allá de la ciudad de Nápoles, del otro lado del Vesubio... Yo llegué a Montevideo en el mes de diciembre último...

—¿En diciembre? ¿Por qué habla tan bien, entonces?

—¡Ah— Porque antes estuve seis años y medio aquí... Yo no podía vivir aquí, yo extrañaba mi pueblo, mi casa, mis amigos... Un día en que estaba más triste que de costumbre, compré un pasaje y me embarqué. Estuve dos años en mi pueblo, pero tampoco pude vivir allá. ¡Qué gente! ¡Si usted viera!... Hablan fuerte en la calle, a gritos; no están tranquilos nunca. Cocinan tallarines en la calle y los comen en la calle, con las manos, así... Frente a mi casa había un hombre que vendía loros y gritaba, gritaba todo el día y toda la noche, más que los loros... Y no pude vivir allá: primero me hacían reir, después me cansaron, porque no son gente como nosotros, ¿sabe? Entonces me vine otra vez a Montevideo, ya no iré más a mi pueblo... No son como nosotros, ¿sabe? No son gente civilizada como nosotros!

EL REMATE DE LA QUINTA

Sobre la verja de la quinta familiar, han colocado hoy un enorme cartel de lienzo con letras rojas y adheridos a los pilares de esa verja, por la cual tantas veces, muchachos, trepamos para salir a la calle, han aparecido unos carteles de papel donde se anuncian los detalles del remate. Y en esos carteles, bajo el nombre del rematador, esta expresión dolorosamente elocuente: "Judicial". Es que ha entrado la justicia a la quinta; es que, al fin, tras un siglo de vida apacible, de afecto familiar, todo se ha derrumbado, todo ha concluído para siempre. ¿Qué de extraño que esto suceda? ¿No tiene, acaso, que terminar todo, y esto no es, acaso, sino una manera de terminar como cualquier otra?

Es verdad, pero, ¿quién soporta, sin resistencia, sin rebelión, el desmembramiento de sí mismo, el desgarramiento del propio espíritu? Aun cuando hacía ya muchos años que aquella quinta ya no era nuestra, cada vez que pasábamos frente a ella la saludábamos con una mirada y sentíamos como que algo nuestro hubiera allí como que aquellos árboles y que aquella casona fueran el monumento familiar, de la familia ya dispersa para siempre. Pero como ha entrado la justicia a la quinta y como la justicia es implacablemente, estúpidamente salomónica, aquel enorme solar de nuestros bisabuelos va a ser subdividido en muchas fracciones iguales para crear otros tantos nuevos propietarios, que jamás tendrán en su corazón la sensación de la vida vivida sobre aquella tierra que está a punto de dejar de ser nuestra quinta, "la" quinta que hasta hace veinte años tuvimos todos los montevideanos de tradición.

Pero antes de aparecer sobre la verja de la quinta el cartel de lienzo anunciador de la subasta, hemos asistido diariamente, a un drama doloroso, cruel, angustiante, de esos dramas que dejan un surco muy hondo en el corazón como si fuera una arruga de la entraña emotiva. Con la frente apoyada, incrustada, entre dos barrotes de la verja (porque el enorme portón no se abre ante nosotros), días tras días, días en-

teros, hemos contemplado con el alma compungida cómo los albañiles, implacables, bárbaros, ha ido poco a poco derribando, deshaciendo la acojedora casona que hiciera uno de nuestros lejanos abuelos. ¡Cómo hemos sentido en esas horas, en esos días, la exacta sensación de la muerte, cómo hemos percibido la impresión de que nos acabamos!

Ya no queda de la vieja casona, más que algunos ladrillos, envueltos en el polvo de la cal —el polvo en que se ha convertido nuestra casa— y amontonados, bajos los árboles del jardín. Apenas si el surco dejado por los cimientos señala los lugares donde estuvieron los muros, los trozos donde estuvieron las habitaciones. Pensamos, con la frente adherida a los barrotes de la verja y el corazón compungido, en todo cuanto hemos gozado y padecido sobre tan pequeño espacio de tierra; en que sobre aquel otro, más pequeño todavía, estaba la habitación donde murió el abuelo, y en que en aquel otro de más allá dormía aquella hermanita muy blanca y muy rubia de quien, siendo muy pequeñitos, oíamos decir a la madre, mientras los ojos se le velaban con una sombra, "que se fué al cielo"!

Ya se han ido la casona y la quinta; dentro de unos días entrarán allí diez, veinte nuevos propietarios, cada uno de los cuales, indiferentes, ignorándolo, sufrirán su dolor y disfrutarán su alegría, donde nosotros pusimos más de un siglo de nuestra existencia familiar... Quedaremos perdidos, desconocidos, ignorados para siempre, precisamente allí donde vivieron cuatro de nuestras generaciones!

LA TRAGEDIA DE ERNESTO HERRERA

Era preciso tener un corazón muy fuertemente acorazado, para llegar a la amistad de Ernesto Herrera y no sentir gravitar sobre la propia conciencia el peso formidable de su dolor. Porque en este muchacho trágico hay algo más admirable que su admirable talento: su dolor. Hoy, a través del tiempo y de lo infinito que nos separa, veo mejor que nunca, más puramente, la figura de este muchacho con quien a un mismo tiempo fuí muchacho, y que, por eso mismo, recién ahora conozco del todo merced a mi experiencia.

Y se me aparece ahora más trágico que nunca, padeciendo más que nunca por la implacabilidad de la cadena que, al nacer, el dolor le había atado al pie. El suyo era uno de esos dolores que trascienden al físico, y por eso tenía su silueta lo trágico y grotesco de una figura de Goya. Dolor en lo moral y dolor en lo físico; dolor incurable, dolor eterno.

Herrera tenía un noble orgullo; no quería aparecer empequeñecido ante nadie por efecto de su dolor; no quería ser compadecido, y se sobreponía a su tragedia y se reía de todo y se burlaba de su físico enclenque y ridículo.

Si su dolor se le vía era porque, a pesar suyo, trascendía a su exterior; y cierta vez, en que en el secreto de la intimidad dejó caer en mi alma una amarguísima gota de su alma, sonriéndose con sus ojos humedecidos y colocándome su escuálida mano sobre un hombro, me dijo: —Claro es que ésto es para tí, nada más que para tí...



Todavía no se ha borrado, en las calles de Montevideo, el recuerdo de la figura, torcida, escuálida, desgarbada, de Ernesto Herrera, tocándose con un sombrero de anchas alas bajo las cuales lucían los grandes ojos sugestivamente expresivos, angustiados siempre, y los dos o tres mechones lacios de su larga cabellera oscura de reflejos rubios. El pecho oprimido, largos los brazos, de movimientos desacompasados, tan

largos casi como sus largas piernas. Bien pudo recordarse, al verlo pasar por nuestras calles, respirando angustiadamente, la expresión con que señalaban al Dante al verlo pasar por las calles de Florencia: ¡Ese es el hombre que estuvo en el infierno!

Herrera no pudo conservar el recuerdo de la madre; y por esto, quizá, su pobre corazón más de una vez se sintió duro. La niñez de este muchacho que envejeció en la infancia, se pierde en el recuerdo de una viejecita mísera que tuvo la santa intención de sustituir a la madre, pero a quien el destino impidió realizar su obra, dejándola enclavada en un sillón de la pobrísima casa, ciega.

Desde entonces Herrera vivió en la calle, solo, a merced de la crueldad de los muchachos de su edad y a la compasión de los corazones generosos. Vivió su niñez de la piedad y de la compasión; por eso, sin duda, prefirió pasar por cruel, por malo, antes que inspirar compasión o antes de que se exteriorizara esa compasión que veía surgir.

Los dos hermanos, un varón y una niña, tuvieron mejor destino que él en la vida ordinaria; y cuando, en uno de sus trances más angustiados, la hermana, ya casada, le llevó a vivir a su lado, en otro país, pronto vió Herrera que era imposible soportar la existencia en la casa ajena. Volvió otra vez a la vida miserable, pero libre, donde nada impide soñar.

Y con su figura absurda, su ropa jamás hecha para su cuerpo, y sus sueños bellamente disparatados, un día, es decir una noche, este muchacho se enamoró de una mujer que tenía tres veces su edad y de la que sólo vió sus ojos. Fué éste el episodio más tiernamente sentimental de Ernesto Herrera; fué, quizá, la única ternura de su niñez.

Durante mucho tiempo, no conoció más que la calle y las casas de los camaradas del barrio, donde empezó a leer algunos libros. Un día se abrió la cabeza contra las piedras de la calle, cayendo de un caballo. Estuvo muy mal; hubo de morir. Pero vivió, pobrecito.



¡Con qué energía, con qué serenidad sufría sus muchos padecimientos! Sólo cuando en sus más fuertes accesos el asma le ahogaba, le veíamos doblarse, rendirse, en tanto que sus grandes ojos, desorbitados, nos miraban con escalofriante expresión de angustia, como si nos reclamaran el aire que faltaba a sus flacos pulmones. Entonces se tendía en la cama, desfalleciente, vestido, sin cuidarse siquiera de quitarse el sombrero!

Cierta vez, ya hombre, se apareció a los amigos, por todas partes, acompañado de un muchachote fuerte, erguido, de enormes espaldas y recia musculatura. Era su hermano. Y todas las miradas se detenían alternativamente en los desiguales hermanos, y en todas las pupilas se reflejaba una expresión que conturbaba el ánimo y abatía el espíritu de Ernesto. El hermano se fué al fin; pero a Herrera le quedó, punzante, otro dolor...

Al fin llegó el amor hasta el corazón del dolorido muchacho. Hubo un instante en que creímos que iba al fin a transformarse aquella existencia; que iba, por lo menos, a serenarse. Pero el amor le trajo una nueva tragedia; fué una angustia brutal a la que puso reparo, sin embargo, la sonrisa de un hijo. En el hijo había puesto el pobre Herrera todo lo que quedaba de bueno, de generoso, de noble en el fondo de su maltratado corazón. Nunca le vimos tan grande, tan sincera dulzura en el rostro y en las palabras, como cuando tenía a su hijo entre sus brazos, como cuando tenía enfrente a su hijo!

El hijo iba creciendo, iba haciendo menguar el recuerdo del dolor pasado. El recuerdo de su viaje a Europa, hecho subrepticiamente; su prisión en Madrid como peligroso, su reempatrio desde Barcelona, donde se vió en el caso de pelear desde un acantonamiento, contra la policía, todo eso, era ya para él una evocación sonriente y amable...

El amor volvió de nuevo a su corazón. Pero el amor volvió a serle fatal. Un día se nos presentó en Montevideo, después de una larga permanencia en Mercedes en cuyo Liceo fué profesor de humanidades, ya con las inequívocas señales de la muerte en el rostro, en las manos... Unos cuantos días de agonía en el Hospital Fermín Ferreira, y la muerte. El amor volvió a serle fatal.

Un día de Carnaval fuimos a acompañarle hasta el Buceo, unos cuantos amigos...



Tenía en su rostro este infortunado amigo una sonrisa, poco menos que perenne, de amarguísima ironía. No sintiéndose con el corazón dispuesto al dolor, estando a su lado, era difícil contemplarlo sin sentir una honda inquietud. Todas las cosas, al pasar por su espíritu, se impregnaban de infinita amargura. Esto se advierte en toda su obra: en sus piezas teatrales, en sus cuentos titulados "Su Majestad el Hambre", en sus versos, en sus páginas de prosa que quedaron en "Bohemia".

Yo no creo que la obra intelectual deba ser esencial-

mente objetiva para ser duradera, como sostiene Ortega y Gasset; pero tampoco creo que deba ser principalmente subjetiva. Y en la obra de Herrera hay demasiada subjetividad; a través de las figuras de Herrera se advierte el alma dolorida y torturada de Herrera. Son figuras sombrías y amargas como la del autor.

Sin embargo, en "El León Ciego" no está fuera de lugar la amargura del alma del autor, porque la realidad de las figuras allí pintadas con vigor estupendo es tan amarga, tan doliente, como la pobre alma de Herrera. En esto estriba, tal vez, el gran acierto que constituye esta obra, la primera obra escénica del todo nacional, síntesis admirable del proceso psicológico y sociológico de nuestro país.

Tenía Herrera una gran confianza en el propio talento, confianza que se traducía en orgullo mantenido siempre con entereza. Pero como sabía que no podía "responsabilizarse" de su físico como se responsabilizaba de su talento, hacía siempre ironía, muchas veces sangrienta, a costa de su figura, inarmónica y enclenque. Se reía de ella, para evitar el dolor de que los demás se rieran de lo mismo, humillándolo. Yo confieso que Herrera me angustiaba cada vez que, delante de mí, hacía mofa de su cuerpo, de su desdichado cuerpo que nunca fué capaz de acompañar a su espíritu...

Pero no fué todo angustia, todo tragedia, el duro existir de Ernesto Herrera; porque tuvo momentos, tuvo días de intensa, honda satisfacción. El estreno de "El Estanque", de "El León Ciego", de "El Pan Nuestro", de "La moral de Misia Paca", pero sobre todo de "El León Ciego", le aportaron horas, días tal vez, de verdadero placer; placer que a veces desbordaba en riente locuacidad, pero que siempre quedaba muy hondo en su alma, que lo guardaba avaramente, quizás por la costumbre de guardar el dolor...

Yo admiré mucho a Ernesto Herrera por su talento, pero mucho más lo quise y lo respeté por su dolor. Queriéndolo tanto como lo quise, podría decirse que Ernesto Herrera me dolía dentro de mi corazón...

LOS BALCONES DE LA CIUDAD

Un balcón cerrado, por el día, es una promesa; la promesa de que en la hora crespuscular ha de abrirse en dos, con estrépito de maderas, para florecer. Todas las tardes, en la hora en que el sol se recuesta en el fondo de la calle, los balcones montevideanos florecen soñadores rostros femeninos. Una mujer, de codos en un balcón y frente a la calle, es un ensueño, un ensueño que nos sale al paso y que sin querer y que a pesar nuestro y que alejándonos repentinamente de la realidad de la vida que nos lleva por la calle, nos hace soñar. Nada se contagia tanto como un sueño y nada sugestiona tanto como una mujer que sueña.

Para nadie más que para las mujeres, y para las mujeres que llevan en las pupilas una visión romántica, se hacen los bajos balcones de las casas de Montevideo. Jamás se han visto en ellos sino rostro femeninos. Jamás han pensado los arquitectos en que los balcones puedan servir para otra cosa; los han hecho bajos, para que crean ellas que cuando a su lado pase la felicidad que aguardan y que sin duda ha de llegar, han de alcanzarla con sus manos; los han hecho de floreadas rejas sutiles para que en ellas se enhebren los mil hilos del ensueño; les han colocado celosías de infinitas rendijas para que durante las horas en que están cerrados los balcones puedan las mujeres seguir en asecho de lo que ha de pasar...

Y ¿qué es lo que ha de pasar? No lo saben, seguramente, las lindas muchachas de Montevideo que por las tardes, cuando ellas florecen los balcones, dejan desde los balcones, por la escala de luz de sus pupilas, descender imprudentes la esperanza hasta la calle. No lo saben, pero sienten, en cambio que el balcón les llama, que el balcón les atrae irresistiblemente y que no tendrían fortaleza en su corazón para resistir al encanto que atrae como a la madre atrajo la serpiente del paraíso.

¿Quién puede saber lo que ha de pasar frente a un balcón? ¿Acaso no esperamos siempre lo inesperado, lo que no puede

producirse como consecuencia de las cosas que se han producido ya en nuestra existencia y que, precisamente, ha de romper, al fin, con todo ello, y con la monotonía de los días? Un balcón que se abre es un nuevo horizonte a la esperanza; un nuevo horizonte que se contempla desde el balcón hacia la calle y otro horizonte que se advierte desde la calle hacia el balcón.

Las muchachas de Montevideo asoman al balcón a esperar. ¿Qué? Pues, eso; eso que esperamos todos cuando creemos que ha de llegar, eso mismo que aguardamos todos cuando ya sabemos, sin embargo, que no llegará jamás! Las muchachas de Montevideo viven alejadas del hombre; lo ven pasar a su lado, pero no se detiene; ellas, que han pensado largamente en el amor, quisieran ofrendarle lo mejor de su alma y quisieran a su vez, de él, lo mejor de su corazón. Pero el hombre pasa, mira y sigue...

Entonces ellas, que de tal modo no pueden poner en juego para el amor, ni las sutilezas de su espíritu ni las ternezas de su corazón, ponen en sus pupilas llameantes calor de corazón, ardor de alma, dolor de ensueño quimérico. Pero, ¿quiénes comprenden el exacto sentido de esas pupilas? ¿Quiénes, a través de ellas, podrán sumergirse en el alma de la que quieren ser reflejo?

Entonces es preciso que ellas, las muchachas de Montevideo que se refugian en su balcón, despierten la atención del viandante con la pirotécnia del color y con la sugestión obsesionante de la línea. Pero ¡ay! casi siempre los hombres se detienen frente a ella sólo por el deslumbramiento de la novedad y sólo por la atracción de la vanidad.

Cuando envejecen en el balcón, cuando los años van poniendo una excitación en sus nervios y una arruga, una tras otra, en sus rostros, asoma a sus pupilas una visión de tragedia; y entonces, sus ojos, cuando miran desde el balcón, a un mismo tiempo suplican y amenazan. A veces, para las más felices que ven realizar el ensueño, se cierra un día el balcón porque junto a su reja sutil, en que se enhebran los mil hilos del ensueño, se detiene el amor, el amor verdadero, el amor esperado. En cambio, muchas veces, cuando ya el transcurso de los años amenaza con su catástrofe sentimental, los lindos ojos en cuyas miradas había calor de corazón, ven apostarse junto a la reja el amor ínfimo, el amor cursi, el amor de segundo término quizá cien veces desechado en los buenos días de sol de la juventud ardiente; y se resignan a él, antes de rendirse a la evidencia desoladora del fracaso.

Por eso miran así, por eso de tal modo miran los ojos femeninos cuando los balcones florecen con los rostros de las

muchachas de Montevideo, rostros que a veces son una promesa, que a veces son un ensueño que detiene al viandante en medio de la realidad estrepitosa de la calle.

Los balcones de Montevideo parecen hechos para ellas: seguramente para ellas nada más los hacen. Y si un día, si uno de esos atardeceres luminosos y tibios en que la ciudad toda parece envuelta en un vaho de pereza y de sensualidad, no se abrieran los balcones de Montevideo, ¿qué extraña sensación desoladora no caería, como la lava sobre Pompeya, como lluvia de muerte, sobre Montevideo?

DIOGENES HEQUET

Un rostro expresivo, en el que dos grandes ojos azules revelaban la nobleza de su espíritu. Labios rojos y finos que destacaban entre la barba rubia de tintes rojizos, barba que le daba cierto aspecto mefistofélico a la figura. Terso el cutis blanco, bajo el cual se insinuaba el rojo de su sangre impetuosa. Gruesa la contextura del cuerpo, tenía una silueta gallarda y fuerte, de hombre en la plenitud de todas las energías. Pero el rasgo fundamental de esta figura era la sonrisa, sonrisa de hombre bueno y de hombre inteligente al propio tiempo. Sonreían siempre sus labios, finos y rojos, entre la barba rubio-roja, sonreían siempre sus ojos, esos grandes ojos azules que revelaban la nobleza de su espíritu.

Era el suyo uno de esos físicos que llevan perpetuamente de manifiesto la noble calidad del espíritu a que sirven de asiento. Poseía un extraordinario poder de atracción, una subyugante simpatía, que desbordaba de todo él y que le convertía en centro de absorción de cuantos vivieron a su alrededor.

Etnicamente francés, vivió en París los primeros años de su juventud, una juventud de estudio equilibrado y apasionado: era fundamentalmente artista. Pero poseyó también muchas de las buenas cualidades del americano y su ingenio y su donaire participaban del criollo y del francés. Su gracia y su ingenio estaban siempre vivos, eran siempre espontáneos, y sólo la anemia que consumió su cerebro puso, en los últimos días de su vida, un rictus de amargarua en sus labios y una expresión de melancolía en sus grandes ojos azules.

Tenía una voz cálida y vibrante, llena de matices, que manejába con la flexibilidad que poseía su propio pensamiento, vivaz y certero. Era anecdótico y chispeante y su conversación aguda y la intención aviesa de los cuentistas del mil cuatrocientos.

Así era Diógenes Héquet.

Héquet comenzó siendo litógrafo, pues continuó la tarea paterna y llegó a ser, como su antecesor, uno de los más bri-

llantes y más hábiles dibujantes en la piedra, de aquellos tiempos. Quienes convivieron con él la tarea del taller litográfico, aseguran que eran admirables sus cualidades de dibujante y que poco a poco le fué ganando su afición por el color. Por ello, para completar sus cualidades profesionales, fué a París, donde estudió por espacio de cinco años; pero el estudio le abrió nuevos horizontes y concibió el propósito de hacerse pintor. Se cuidó entonces de sustraer a su lápiz la preocupación por el detalle, a que obliga la litografía, y de someterlo a los trazos amplios y fuertes.

Cuando regresó a Montevideo, ya estaba en él en evidencia el artista que comenzaba a dominar todas las dificultades de la técnica. Y sin abandonar la litografía, obligado a ello para desenvolver la existencia cotidiana, se reveló dibujante y colorista en los semanarios de la época y principalmente en "Caras y Caretas", que dirigía entonces en Montevideo Arturo Giménez Pastor, y que reveló también a otro gran artista malogrado, Aurelio Giménez.

Poco después inició Diógenes Héquet sus "Episodios Nacionales". Constan éstos de once cuadros a lápiz, que su autor llamó bocetos, porque fueron hechos con el propósito de darles más tarde la forma definitiva del cuadro. Sin embargo, los "Episodios Nacionales" fueron publicados por el Consejo de Instrucción Pública, en forma de carteles murales, destinados a las escuelas primarias.

En estos bocetos se reveló la calidad del artista que había en Héquet. Esto ocurría en los últimos días de la vida de Juan Manuel Blanes —el artista no alcanzado todavía— y Héquet surgía, en consecuencia, como un continuador de su obra. Blanes había estudiado al hombre de nuestros campos, había penetrado hondamente en su espíritu y había inmortalizado en sus telas su figura primitiva. También Héquet sintió al "gaucho", pero influído por los pintores de episodios militares que conoció durante su permanencia en París, como Meissonier y Detaille, pintó a nuestros paisanos en los episodios más expresivos de sus luchas por la independencia: el Grito de Asencio, Las Piedras, Cerrito, Rincón. Sin embargo, así como esos episodios no son definitivos, por haber sido trazados con el propósito de convertirlos luego en óleos, tampoco son definitivos como obra de dibujante. Y es que el artista tuvo que realizar muy grandes esfuerzos para sustraerse por completo a la influencia del litógrafo que había en él. Pero ya en esa fecha era Héquet algo más que una promesa.

Empezó el artista a manifestarse en el camino de la plenitud con la serie de episodios, todos ellos obras de grandes dimensiones, de la guerra del Paraguay, que hoy se conser-

van en el Centro de Guerreros del Paraguay. Empezó a mejorar el dibujo, la perspectiva era buena y se veía ya el pincel de trazo seguro y de color exacto. El último de estos episodios, que fué también el último de los cuadros de Héquet, el combate de Lomas Valentinas, es sin duda la mejor de sus obras, suficiente para revelar a un fuerte artista.

Todo hacía suponer que sería Diógenes Héquet el pintor nacional por excelencia y el artista que habría de recoger el pincel de Juan Manuel Blanes; y todo demostraba también que en Diógenes Héquet había un pintor inspirado y original, sin que influyera en su temperamento el ascendiente dejado por la obra del autor de "La muerte de Carreras". Pero Diógenes Héquet desapareció en los comienzos, puede decirse, de su existencia, cuando aún había un vislumbre del genio en sus grandes ojos azules.

Yo recuerdo a Diógenes Héquet en los últimos meses de su existencia, en que la anemia iba poco a poco reduciendo las facultades de su cerebro. Su rostro estaba exagüe, su sonrisa había sido sustituída por un rictus de amargura en los labios ya secos, y en sus ojos sólo se veía una expresión vaga y melancólica. Andaba todavía por la calle, caminaba como un sonámbulo, sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, entregado por entero al afecto familiar de la madre y de las hermanas, cuya dulce solicitud me inundaba de piedad y de emoción.

Yo había sentido de cerca, bien en mi corazón, el corazón de aquel hombre que en ningún instante de su vida dejó de ser artista, y yo sentía en el fondo de mi espíritu la tragedia de aquellas mujeres de expresión dolorida, que sacaban a pasear al gran artista derrotado, que no era ya más que un niño inconsciente dentro de aquel cuerpo de gruesa contextura, de silueta gallarda y fuerte.

Así fué en sus últimos días Diógenes Héquet. Por fuerza hemos de recordar en todo su relieve físico y moral quienes alguna vez nos acercamos a él, a Diógenes Héquet, gran artista y gran espíritu, en cuyos grandes ojos azules —donde había siempre la gracia de una sonrisa— se reflejaba la nobleza de su alma.

Diógenes Héquet sólo tenía treinta y cinco años...

EL RECUERDO DE VAZQUEZ CORES

Se fué, hace ya muchos años, y aunque todavía lleva una librería su nombre, nadie casi lo recuerda más allá de la intimidad de un pensamiento que en la mayoría de las veces no sale de la caja craneana. Sin embargo, es seguro, segurísimo, que la sola enunciación de su nombre ha de despertar en muchos corazones un cálido sentimiento de simpatía. Vázquez Cores, gallego, fué nuestro, tan nuestro que, aún después de darnos lo mejor de sus muchas energías, llegó a convertirse en una figura de Montevideo, que era indispensable en nuestras calles; llegó a transformarse en un pedazo mismo de Montevideo.

No es necesario tener mucho más de veinticinco años de edad para conservar de él un recuerdo, siquiera sea un recuerdo visual. Alto, muy alto; muy largos el cuello y las piernas; muy caídos los hombros y muy largos y tendidos casi hasta las rodillas, los brazos; pequeña la cabeza, sobre la cual se hundía una "galera" redonda que servía de complemento a un rostro redondo de nariz congestionada y de fino bigote oscuro. Así era. Vestía siempre un largo jacket negro y unos largos pantalones claros, que en la parte posterior de los bordes pisaba con los tacos.

Todos los días, llevando en una mano el bastón asido por el centro y un ramo de flores en el ojal (jamás le faltó en el ojal un ramo de flores), salía Vázquez Cores por 18 de Julio hacia afuera y caminaba, caminaba, caminaba; iba tal vez hasta la Unión y volvía también a pie, todos los días, invariablemente.

Era la suya una cara amiga de todos y era la suya una figura familiar a todos, a todo Montevideo, como el Cerro, como el Cabildo, como la Aguada. No había en Montevideo un solo motivo para no conocer a don Francisco Vázquez Cores y para no sentir simpatía por don Francisco Vázquez Cores. Durante treinta años, tal vez más, fué maestro de escuela; durante cuarenta años los jóvenes aprendimos a escribir en los cuadernos que llevaban su nombre y varios retratos suyos

indicando las posturas que los niños debían adoptar al escribir; durante cuarenta años estuvo en su librería, más que haciendo comercio (que jamás fué comerciante) regalando a los maestros de escuela los libros suyos. Eran libros de geografía, de geología, de historia natural, de historia nacional, de zoografía y quién sabe cuántas cosas más. Había escrito muchos, muchísimos libros didácticos, pues se carecía de ellos en su tiempo y él se empeñó siempre —con esa admirable buena voluntad de su corazón enormemente bondadoso— en proveer a los estudiantes de esos textos. Eran libros simples, ingenuos, pero que realizaban su valioso cometido.

Don Francisco Vázquez Cores era un monumento de buena voluntad; pero no era sólo buena voluntad, sino también inteligencia y corazón lo que había en él. Puede decirse de él que consagró su vida a los demás, hasta que un día, en que se dió cuenta que se había olvidado de vivir para sí, murió. Primero vivió para los niños, después para los hombres; y siempre a cada instante, a cada minuto, para sus amigos. Se dió todo: su inteligencia, su corazón, su voluntad, su dinero, su tranquilidad, su vejez. No le quedó nada al término de su vida. No le quedó más que su desgarbada silueta paseada constantemente por la calle 18 de Julio y su ramo de flores, su invariable ramo de flores, que era algo así como una extensión de la propia persona, en el ojal.

Un día —y jamás pasaba día sin que él realizara algo— se le ocurrió reproducir fotografías para una colección de tarjetas postales, los culminantes episodios del poema "Tabaré". El solo lo hizo todo, y sintiendo en lo hondo de su corazón espontáneo el fuego de la leyenda, vistió los arreos del Don Gonzalo e interpretó ante el objetivo fotográfico la figura del hermano de Blanca. Con tal fuego interpretó para las tarjetas postales este personaje, que por muchos días, don Francisco Vázquez Cores olvidó su jacquet, su bastón, su ramo de flores, sus paseos a paso largo y lento por la calle 18 de Julio...

Y hoy, que ha llegado a mis manos una de esas postales, en las que aparece en actitud clamante, con la apariencia del guerrero del "Tabaré", don Francisco Vázquez Cores, he querido recordar al hombre nobilísimo que fué durante muchos años un pedazo de Montevideo!

MI ABUELO EL INMIGRANTE

Uno de mis remotos abuelos fué inmigrante. Tenía la piel muy blanca, rubia la cabellera, celestes los ojos. Los ojos, que según Hebbel, son el punto del hombre en que el cuerpo y el alma se encuentran en contacto, cuando son de pupilas celestes parecen un pedazo de cielo que desde el fondo de un alma hubiera salido a la superficie humana.

En las pupilas celestes de aquel remoto abuelo mío, había, sin duda, un vislumbre de ideal, de uno de esos ideales que no se manifiestan jamás por palabras, unas veces porque el alma carece del sentido de la armonía entre la palabra y el espíritu, otras veces porque no es ideal que se pueda corporizar y encerrar con expresiones al alcance de la gente. Pero seguramente, indudablemente, en las pupilas celestes de aquel remoto abuelo estaba la manifestación de un ideal, de un sentimiento espiritual muy hondo, de una inquietud o de una congoja intraducibles.

Como el hombre, cuando su espíritu no tiene todavía la facultad y la facilidad de ir de un lado al otro por las regiones a que por propia necesidad se remonta, se empeña en trasladarse "con cuerpo y todo", en andar por el mundo, cargado con el "peso muerto" de su organismo, del cual no puede librar al espíritu, ese abuelo mío se hizo emigrante. En otras épocas, los hombres que nacían con esa inquietud espiritual se hacían rapsodas o juglares.

Cuando el alma era capaz de responder, por su vigor, a la imaginación exaltada, el hombre se hacía rapsoda e iba por el mundo —que no era tan grande entonces— cantando las emociones bellas y las glorias admirables. Pero cuando el alma no alcanzaba a concretar y a expresar esa inquietud que de su fondo surgía y en su fondo perennemente palpitaba, el hombre se hacía juglar y también iba de un lado hacia otro, mostrando a sus semejantes cosas de fantasía y de habilidad. Pero como el rapsoda, el juglar sólo buscaba, de un lado hacia otro, hallar el motivo de satisfacción de un ideal jamás del todo concretado.

¿Por qué Dante no encontró a uno siquiera de estos hombres en los círculos infernales?

Cuando los horizontes del mundo se dilataron, cuando los mares se abrieron ante los ojos atónitos de los hombres que habían limitado el mundo en el cabo de Finis Terra, se abrieron también el universo para los hombres de la eterna inquietud. El rapsoda se llamó poeta, y cuando halló los medios de llegar a todas partes, de viajar por todas las regiones y de penetrar al fondo de todos los corazones, no sintió ya la necesidad de llevar a todas partes su cuerpo, su pobre cuerpo a veces enfermo, agitado siempre por las fiebres de lo ideal.

Pero el juglar se transformó en emigrante. Para el emigrante se abrieron las puertas de la Atlántida, donde estaba la realidad soñada por Platón, al fin poeta también. El hombre de las aldeas ya encontraba reducido el espacio de una aldea a otra, pequeña limitación; en tanto que cuando llegaba a una costa, a un puerto, su ensueño de más allá, su ansiedad de horizontes se agrandaba, se agigantaba y soñaba el sueño de aquel genovés que por sobre los mares anduvo, anduvo siempre hacia lo desconocido, siempre hacia lo imaginado por la fantasía en pleno enardecimiento.

Así surgió el emigrante y así llegó hasta nosotros el inmigrante. El emigrante es siempre el hijo de un sueño, de una ansiedad, de una esperanza, de una bella fantasía.



Uno de mis remotos abuelos, fué inmigrante. Desde una aldea septentrional de Italia llegó, cargando la enorme inquietud de su alma, con toda su ansiedad de cielo en sus ojos celestes, hasta el puerto de Génova, el lugar de "los hombres diversos".

¡Quién sabe qué herencias de cuántas razas inquietas y aventureras, que cruzaron de un extremo al otro de Europa, dejaron en su ánimo esa inquietud, esa ansiedad, esa necesidad de algo eternamente inalcanzado que brillaba en la fosforescencia de sus pupilas celestes! Génova es, desde hace siglos, punto de concentración de la humanidad, lugar donde van a encontrarse los hombres más diversos, donde van a reunirse y confundirse las razas y las lenguas más distintas. ¿De dónde, de qué región, de qué raza, le vendría esa ansiedad inquietante a aquel remoto abuelo mío de los ojos celestes?

Uno de mis remotos abuelos fué inmigrante. Levantó aquí su tienda, creyendo sin duda que daba realidad a esa inquietud de su alma que lo convirtió en inmigrante. Como casi todos los hombres, fundamentó afectos, creó intereses, dió hijos

y murió, al fin, llevándose en sus pupilas celestes esa inquietud de ideal que le hizo emigrar.

Las celestes pupilas de aquel abuelo mió se fueron obscureciendo en su descendencia, pero la misma inquietud, la misma fosforescente febrilmente brillaba en los ojos nuevos. Aquel abuelo había dejado para siempre, en la tierra nueva, su angustiada inquietud, el ansia de su ideal indefinible, bajo el abrigo de su tienda de inmigrante. Ansia indefinible que sufrieron cientos de generaciones, perpetuada en la humanidad a través de siglos, llevada quien sabe de dónde hacia la región de los "huomi diversi" y traída hasta aquí, hasta la tierra soñada, esta tierra que semeja la realidad de la bella fantasía de Platón.

Muchos de aquellos descendientes, que fueron mis ascendientes, se dispersaron por el mundo; hubo entre ellos aventureros y poetas y suicidas y soñadores; todos ellos pobre gente que llevaron punzante en su corazón la ansiedad de un sentimiento impreciso que de todos los horizontes del mundo llevó el hombre hasta el puerto genovés. Mal de sensibilidad, que ha degenerado razas y ha dado grandes artistas.

Yo siento siempre ardiente una honda piedad por este remoto abuelo mío, que fué inmigrante y que llevó una ansia imprecisa en la fosforescencia de sus pupilas celestes, porque lo siento vivir, a cada instante de mi vida, dentro de mi corazón!

LOS OCHENTA AÑOS DE DON ALBINO BENEDETTI

Los ojos claros, de expresión bondadosa; morena la tez, muy negro el cabello y muy negro el bigote lacio y caído hasta cubrir totalmente la boca grande de labios gruesos; alto y recio el talle, doblado frente al pupitre de la clase, don Albino Benedetti, dando su lección de geografía, tenía más de paternal que de profesor. Su voz era gruesa y cálida, pero era de una armonía que, muchachos aún, no alcanzábamos a interpretar aunque nos dejábamos vencer por la simpatía que ella desbordaba. El ademán amplio, lento y pesado, hacía que el auditor, por poco observador que fuera, se diera cuenta de que las manos del maestro eran demasiado grandes. Cerca del pupitre, tal vez sobre una silla, el sombrero blando, redondo, de copa hundida, bajo el cual se adivinaba la figura entera del profesor, era en la clase un viejo compañero del maestro que estuviera allí perennemente tratando de no incomodar, en espera del término de la lección.

Evidentemente, había en don Albino Benedetti, hubo siempre en don Albino Benedetti, un hondo y suave amor por los muchachos estudiantes y, más todavía, por los muchachos estudiosos. Maestro de primeras letras en los tremendos tiempos en que el maestro de escuela era, antes que nada, un héroe, en los tiempos en que los fundamentos pedagógicos descansaban por entero en la sentencia de que "la letra con sangre entra", él trató siempre, sin embargo, de conquistar al alumno por la simpatía, por la bondad y por la persuación. Y cuando algún alumno desfachatado y audaz, intentando una burla, dejaba escapar la palabra "gringo", el maestro tenía siempre una sanción disciplinaria severa y una suave sonrisa comprensiva...

Pero de esto hace muchos, muchísimos años; hay alumnos de esta época que tienen sesenta años. El maestro tiene hoy ochenta! Don Albino Benedetti hace quince años que vive aislado, lejos de todo y de todos; hasta su retiro, que es un retiro glorioso y ejemplar, sólo muy de tarde en tarde en la

figura de un amigo viejo o de un alumno ya olvidado, llega el recuerdo rejuvenecedor de la larga vida pasada. Hasta ese tranquilo retiro llegamos nosotros. Una casita clara, llena de luz y tranquilidad como el espíritu del maestro, en cuyo fondo ponen sus notas de colores el encanto de un jardín y el bullicio de un corral.

El viejo profesor, de quien sólo en el recuerdo de sus discípulos queda el nombre, pone toda la conmovida emoción que le provoca este llamado a su pacífica soledad, en sus manos, en aquellas mismas manos demasiado grandes que en la clase llamaban la atención del alumno, y con las cuales ahora estruja nuestra mano al par que hace un esfuerzo para mirarnos con sus bondadosos ojos claros, como intentando reconocer en el nuestro un semblante en otro tiempo conocido.



Como es natural, los años han modificado el aspecto físico de don Albino Benedetti, pero no lo han cambiado, sin embargo. Su cabello y su bigote, muy negros, han encanecido un poco, muy poco; ya no es recia su contextura, ya no es firme su mano, y cuando la levanta en uno de sus ademanes lentos y pesados, se le advierte trémula; pero en sus ojos claros, llenos siempre de bondad y de inteligencia, fulge una luz que se diría un destello de su espíritu en plena lucidez.

Es fácil hacer evocar al viejo maestro su vida pasada, esa vida en la que hay una recia fisonomía moral íntegramente mantenida todavía hoy, cuando el profesor se complace en recordar sus primeros años:

—Llegué a Montevideo en 1868, con el propósito de seguir luego para Norte América. Mi padre, que había sido emigrado al Uruguay, me dió una carta de recomendación para un señor Solaro, persona muy bien colocada políticamente. Pero como cuando vine yo los gobiernos habían cambiado mucho, Solaro había perdido su situación y, para vivir, había establecido una escuela en una casita de la calle Colonia y Médanos... ¡Qué lejos del centro era entonces esa calle!... Allí estuve un tiempo, sin saber qué hacer... ¿Por qué no se pone de maestro? me preguntó un día Solaro; y yo le contesté: Tengo que aprender el castellano! Y él entonces me dijo: Yo le enseño el castellano y usted da clase, porque usted tiene mucha ilustración.

Cuando Solaro me había dado trece o catorce lecciones de castellano, faltó un maestro y Solaro me pidió que yo lo sustituyera. Yo me negué, pero él insistió y yo no tuve más remedio que ceder.

Don Albino ríe francamente al evocar aquéllo y continúa así:

—Yo tenía mucha esperanza en la palmeta. Pero conforme llegué a la clase y les dije un "espiche" a los muchachos, todos se echaron a reir. Pude oír que uno de ellos decía: El maestro no sabe el castellano!...

En seguida comprendí que tenía que salvar aquella situación y les dije, de la mejor manera posible: —Niños, veo que a ustedes les hace gracia mi modo de hablar y que va a ser difícil entendernos. Así es que les propongo a ustedes un arreglo; yo hablo y ustedes me corrigen. Cada vez que yo diga un disparate, ustedes levantan la mano y me corrigen; el que más errores me corrija al cabo del día, tendrá un premio! Mi método dió muy buenos resultados; los discípulos aprendían cuanto les enseñaba... y yo llegué a aprender el castellano de labios de mis discípulos!

Vuelve aquí a reir el profesor Benedetti y nosotros aprovechamos la pausa para preguntarle:

—¿Recuerda usted a algunos de sus discípulos de entonces?

—Sí, recuerdo... Chiappara, que es agrimensor y está en Sarandí Grande; Lenzi, Solé Rodríguez y Francisco del Campo.

Así empecé mi carrera. Soy toscano; en Siena cursé todo el bachillerato y tenía entonces muy frescos mis conocimientos en ciencias y letras. Esta circunstancia me valió para que Outez, inspector de escuelas, me propusiera que me presentara a concurso para optar la dirección de la Escuela de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, el más importante establecimiento de enseñanza creado hasta entonces en el país.

Fuí a inscribirme para el concurso a la calle Rincón 147, la casa del padre de José Pedro Varela; me tocó ser el treceavo concursante. El concurso se efectuó de noche, en un salón de la casa de Varela; sobre una tarima, colocada en el centro, estaba el tribunal compuesto por José Pedro Varela, Carlos María Ramírez, Domingo Aramburú, el Inspector de Escuelas, Outez y no recuerdo quien más. Nosotros, los concursantes, estábamos todos de pie, colocados en fila frente al jurado. Cada tema que éste proponía, era tratado por el primer concursante luego por el segundo y siempre así, en orden correlativo hasta tocarme a mí desarrollarlo. Y ¡claro está! por poco que yo supiera, como antes de mí tenían que hablar doce, cuando a mí me tocaba yo ya tenía criterio hecho sobre la cuestión!

El concurso duró varias noches. A la tercera, ya varios concursantes se habían eliminado. Pero el más tenaz de todos era un andaluz, que a todos les ganaba en labia; yo me di

cuenta de que era el adversario más temible y en las discusiones me puse entonces de parte de él. Después de la tercera noche continuaron las eliminaciones espontáneas y al cabo de una semana sólo quedábamos discutiendo el andaluz y yo.

Fué entonces cuando llegamos a las matemáticas. Como en esta materia no vale la facilidad de palabra, propuse un problema bien simple por cierto, que ni el andaluz ni el jurado pudieron resolver. Recuerdo que Varela, creyendo que yo tampoco era capaz de solucionarlo, me exigió que lo resolviera. Lo resolví. Aquí terminó el concurso. Tres días después, se me comunicaba el nombramiento y se me invitaba a hacerme cargo de la escuela, a cuyo frente estuve por espacio de seis años.

—Después de esto?

—Después de esto fuí maestro en Mercedes, inspector de escuela en Soriano primero y en Durazno después; profesor de geografía y de latín y castellano, más tarde. En 1892 establecí mi instituto, que mantuve hasta 1905; hice entonces un viaje a Italia y cuando regresé, me nombraron inspector técnico de escuelas de la capital, cargo en el que me jubilé años después.

—Y ¿ahora?

—Ahora vivo tranquilo, contento, recordando mi vida y leyendo; pero ya sólo leo literatura; novela y poesía, que me hacen revivir mi juventud...

—Desde entonces, ¡cuántas cosas han cambiado, señor Benedetti! La ciencia, se ha modificado casi por completo!

—Sí, es verdad, lo sé, aunque no leo ya. Pero en lo que no nos han derrotado todavía, es en la teoría de los terremotos... ¿Se acuerdan ustedes de la teoría de los terremotos?

Y don Albino Benedetti, cuyo corazón ha ido caldeándose por efecto de las cordiales evocaciones, yergue su corpachón como en sus mejores años, apartando un poco el busto de la mesa junto a la cual está sentado y nos explica, como en aquellas lejanas clases de la Universidad, la teoría de los terremotos.

Mientras el profesor habla, pensamos en que hay actualmente muchos cientos de discípulos de don Albino, que lo recuerdan con el cariño y con la gratitud que como nadie supo él ganarse; y adquirimos el convencimiento de que muchos de ellos, de que todos ellos quizá, se sentirían tocados de honda emoción si vieran y oyeran al maestro, como nosotros lo vemos y oímos, explicar de nuevo la teoría de los terremotos. Parece que don Albino Benedetti se hubiera de pronto despojado de veinte o treinta años y se nos apareciera igual, exacta-

mente igual, al profesor de los lejanos días universitarios, cuando a su lado, sobre una silla, el sombrero blando, redondo, de copa hundida, bajo el cual se adivinaba la figura entera del maestro, era en la clase un viejo compañero del profesor, que estuviera allí perennemente, tratando de no incomodar, en espera del término de la lección.

Es la misma cabeza, un poco encanecida y un poco raleada; son los mismos ojos, claros e inteligentes, donde parece fulgir la luz de un espíritu superior; es el mismo ademán, lento y pesado, que trazan en el aire unas manos demasiado grandes. Tan real, tan sentida, tan "vivida" es la evocación, que el viejo maestro se pone en pie, conmovido por honda emoción, y mientras sus manos nos estrujan y nos palmean con fruición de caricia paternal, su voz cálida —un poco trémula entonces— trata de convencernos de cuán grande es su gratitud por nuestra visita, afectuosa y evocadora:

—¡No saben ustedes cuánto, cuánto les agradezco la visita! Qué alegría más grande me han dado ustedes!... Gracias! Gracias!...

Y un momento después, cuando abandonamos la apacible casa del maestro, desde la puerta de calle, don Albino Benedetti nos saluda levantando a la altura de su cabeza las dos manos y nos repite conmovidamente:

—Gracias!... Gracias!... Gracias!...

HISTORIA INSIGNIFICANTE DE UN HOMBRE EFIMERO

Un hombre pequeñito, esmirriado, cerámico, del que no quedaba apenas más que huesos y piel; más que hombre parecía un niño; más que niño parecía un pelele. Un rictus doloroso en la cara, donde una boca desmesurada sonreía con expresión de calavera y donde unos ojos grandes miraban con asombrada expresión de súplica. Ojos trágicos, ojos que parecían mirar, y que sin duda miraban continuamente, a la muerte.

Bajo el globo de su frente abultada, donde la piel se secaba por efecto de la fiebre, había un cerebro de vivaz inteligencia; había, sin duda, una chispa de talento. Tenía un espíritu fácil a la emoción y una imaginación fácil al ensueño; hubiera sido un poeta; hubiera sido un artista; pero la miseria, ¡la perra miseria!, se ensañó en él a tal punto que, contemplándolo de cerca, sintiéndole latir su corazón, daba rabia, acometían deseos de protestar a gritos y a golpes contra aquella estúpida injusticia.

Llevaba muchos sueños en la cabeza de cabello rubio y ralo; llevaba muchas ansias en su corazón bueno y lacerado. Escribió para el teatro —creía él tener grandes cualidades— y fracasó. Escribió entonces de acuerdo sólo con los gustos del público, hizo una de esas obras que dan dinero pero que llenan de ludibrio a quien las hace. Quizá fuera un modo de librarse de la miseria. Pero también fracasó. Sólo llenó una noche el teatro; fué aquella la noche de mayor riqueza de su vida; salió del teatro con sesenta pesos en el bolsillo (la obra no volvió a representarse) y se dispuso a disfrutar aquel dinero. Quiso fumar bien, beber bien, gozar de todas las cosas de las que siempre se vió privado; pero no pudo; el alcohol y el cigarro lo voltearon aquella misma noche. Su miseria física no le permitía nada, nada, nada. . .

Como el hombre es despiadado, como el hombre sano goza del egoísmo de su salud frente al enfermo, se burlaban de de él, hacían befa de él, de su insignificancia, de su ridiculez,

de su miseria orgánica y él, en cambio, no se atrevía a enojarse, no se sentía con fuerzas para oponerse a la befa, y se hizo cínico ante la burla de la gente; sonreía, coreaba la burla de los otros, como si no fuera de él de quien hicieran mofa.

Por las noches, cuando todos abandonaban la redacción (también fué periodista y también fracasado) quedaba solo, sentado en un rincón, las manos en los bolsillos, con una aterradora expresión de tragedia en el sembiante y con sus ojos —que miraban a la muerte— muy abiertos con expresión de angustia. Solo frente a su formidable tragedia.

Allí, en esos momentos, hablamos muchas veces; casi nos acostumbramos a hablar con serenidad, y hasta con familiaridad, de la muerte. Sabía que se moría, y con su voz atiplada de modulaciones sollozantes, decía que era la suya una desgracia muy grande para un muchacho de veinticinco años. "Yo no quisiera morirme —decía confidencial— pero esto ya no tiene remedio, esto va cada vez peor. ¡Qué lástima! Morirse sin haber disfrutado de nada en la vida, que tiene cosas tan lindas!"

A veces, en un breve instante de optimismo, buscaba la salvación en los anuncios de específicos farmaceúticos. Pero, una vez comprados, estrellaba los frascos contra el suelo.

Hizo versos, hizo comedias, hizo crónicas teatrales, hizo sueltos joviales y elegantes; quizá hubiera podido ser un gran sueltista, ya que no pudo ser otra cosa, que no tuvo tiempo ni fuerzas para ser otra cosa. Pero quedó aplastado por la miseria orgánica y por el peso de un irrealizable ensueño luminoso! Tan insignificante, tan doliente, tan feo, provocaba deseos de acariciarlo, de consolarlo como a una criatura o como a un perro.

—¿Por qué no va usted junto a su madre?

—Yo no tengo madre... (Su voz, aquí, se hacía más ridiculamente sollozadora).

—¿Con su padre, entonces?

—Sí; está en Buenos Aires; me manda buscar, pero yo no voy porque en Buenos Aires me moriré más pronto.

Sin embargo, la miseria empujó a Luis de Robles a Buenos Aires y de Buenos Aires llega ahora la noticia de la muerte de Luis de Robles...

¿Por qué he escrito yo todo esto? Quizá para provocar en todos los corazones buenos un noble latido, como un rezo, por este pobre, este insignificante, este efímero, este feo Luis de Robles!)

LOS HOMBRES DE LA IMPRENTA

I

Yo no sé cómo interpreta y cómo siente las cosas que le rodean y aquellas de que diariamente se vale, aquel que de sí mismo tiene un alto concepto y que fía siempre en la propia individualidad. Pero quienes ni pensamos ni sentimos así, con cada esfuerzo propio dejamos un recelo, un temor de no haber realizado un intento o de haberlo realizado mal. Sin duda deben sentir muy amable la vida aquellos que siempre se sienten satisfechos de sí mismos.

Yo todavía no he podido entregar a la imprenta un artículo, un suelto, una página, cuatro líneas de una noticia, sin sentir el temor de haber cometido una tontería, sin sentir el rubor de quien teme haber procedido con torpeza en edad en que no están excusadas las torpezas. Nada me inquieta tanto como que lea mis originales quien no tenga la obligación de leerlos; y así como el avestruz cree escapar a la acción de sus perseguidores ocultando su cabeza bajo su ala, yo huyo, en el momento de la lectura, del lado de la persona que lee lo que yo he escrito.

En consecuencia, de todas las personas que intervienen en un diario, ninguna ha de interesarme tanto y tan constantemente como el tipógrafo y el linotipista. Es a ellos a quienes, a cada momento del día y durante años, vamos entregando esos artículos, esos sueltos, esas páginas, esas cuatro líneas de una noticia, y el reparo y los recelos que hemos dejado en todo cuanto escribimos. ¿Lo saben ellos? ¿Lo aprendiero ellos? ¿Inconscientemente lo han sentido ellos?

Lo que sin duda ocurre en esta continua relación espiritual entre el tipógrafo y el periodista, es que el escritor llega a influir poco a poco en el ánimo de su intérprete digital; en cierto momento el tipógrafo y el linotipista se sienten unidos al periodista sin que éste, sin embargo, se advierta impelido hacia el tipógrafo por la misma simpatía. Muchas veces me ha ocurrido encontrar en un taller tipográfico simpatías in-

sospechadas, como muchas veces también me ha ocurrido encontrarme por primera vez con linotipistas y tipógrafos quienes me han hablado —expresando ideas y sentimientos— como sí, pensando y sintiendo siempre del mismo modo, estuviéramos de muchos años acostumbrados al cambio de esas mismas impresiones.

Pero yo siento por los linotipistas y por los tipógrafos otra especie distinta de simpatía. Yo siento hacia ellos la simpatía que provocan siempre los espíritus generosos capaces de perdonar o de excusar las faltas y las debilidades de sus semejantes. Yo siento que cada operario del taller, cada uno de los que alguna vez han debido pasar al plomo mis originales, es un hombre que lleva el secreto de mis fallas espirituales, es un hombre que conoce todas mis debilidades y que sin embargo a nadie habla de ellas y que sin embargo, a mí me sonríe y hasta me estima, cordial.

Yo he escrito durante horas, durante días, durante años, todo cuanto espontáneamente y todo cuanto forzadamente he debido escribir, para llenar los deberes de este oficio duro y exigente y absorbente que cargamos, como una piedra de Sísifo, todos los que alguna vez a él nos entregamos con un poco de sinceridad en el corazón. Y el linotipista y el tipógrafo, han debido recoger, letra por letra, todo cuanto he puesto de mi sensibilidad en el papel; ellos han recogido en el propio espíritu, sin saberlo, sin advertirlo, todas las vibraciones de mi sensibilidad y han quedado envueltos, sin imaginarlo, sin sospecharlo, en la complicada red de mis nervios.

Sin duda, ellos han aprendido de mí muchas cosas y han aprendido a sentir, que es lo que más importa enseñar. Sin duda, ellos alguna vez han encontrado en mí algo que sus espíritus necesitaban y que ellos ignoraban que necesitaran y que existiera. Sin duda, ellos en mi hallaron para sus vidas informaciones que no son precisamente las de los materiales sucesos cotidianos. Pero en cambio, han debido soportar todas mis vacilaciones y todos mis errores; han debido sentir en sus corazones la aguda punzada de los rencores de mi corazón; han debido llevar hasta sus labios la copa de amargura; han debido sentirse engañados por mi apasionamiento perturbador; han debido sufrir mis equivocaciones y padecer mis debilidades y tolerar mis vanidades y confundirse con mis faltas de sentido...

Por todo eso nos sentimos los periodistas unidos a los linotipistas y a los tipógrafos; por todo esto los tipógrafos y linotipistas se sienten un poco amigos nuestros y un poco cómplices nuestros. Nos comprendemos, nos toleramos y hasta nos estimamos. Que es lo más que se puede exigir de los hombres.

que es a fin de cuentas, lo único que suele haber sobre la tierra capaz de hacer perdurable la existencia del hombre, más allá de la muerte.

Por todo eso, he querido consagrarle una crónica a los tipógrafos y a los linotipistas. Yo no he visto que los periodistas se ocupen de ellos jamás, sino para hacerles cargar con todas las culpas de los errores de imprenta. Y bien sabemos, sin embargo, quienes vivimos la vida de la redacción, cuántas veces los linotipistas y tipógrafos son el pretexto de errores e ignorancias de periodistas! Porque el periodista es, muchas veces, un ser vanidoso que, por eso mismo, se desliza sereno y despreocupado por planos sobre los cuales no le será siempre posible mantenerse en pie.

Yo sé, y no lo he contado jamás, que mis errores de periodista, si no han sido más que los de la imprenta, han sido más grandes... Y que los tipógrafos me los perdonen, como yo les he perdonado los suyos...

II

—¿Y?... ¿Cuándo nos jubilamos?... Yo ya tengo cuarenta y cinco años de tipógrafo...

—Pero, ¿cuántos años tiene usted, Ponte?

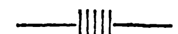
—¿Yo?... Sesenta y dos...

Emilio Ponte sonríe al advertir la sorpresa que me produce la contradicción que hay entre su rostro, su figura toda, y su edad. Es un rarísimo caso de excepción el de este hombre que se mantiene con aspecto juvenil; porque los tipógrafos envejecen precipitadamente, como si fueran despeñándose en la vida; parece como que se los comiera el fino polvillo que les acecha desde el fondo de las cajas de la tipografía y que sale de ellas junto con las letras; parece como que los envenenara el antimonio cuyas moléculas flotan en el ambiente del taller; parece como que les fuera agotando el espíritu las continuas obligadas lecturas donde tantas personas distintas, dentro y fuera de las redacciones, ponen mucho de sus experiencias amargas y de sus torturantes inquietudes. En ningún lado, como en el diario, está el hombre en toda su amarga y fea realidad, en ninguna parte como en el diario está el hombre con su alma descubierta como una gran llaga, palpitante y purulenta. Y el tipógrafo se va intoxicando poco a poco, sin advertirlo ni comprenderlo y se siente abrumado por tantos secretos de conciencia que van envejeciendo a la suya...

Por eso, sin duda, envejecen prematuramente los tipógra-

fos... Sobre todo los tipógrafos de los diarios, que llegan a sentir y a pensar como los que escribimos en los diarios...

No sólo envejecen precipitadamente sino que, como pronto pierden los mejores bríos de la juventud, se aferran al taller, se adhieren a él como si fuera la única razón de su existencia y cuando quieren acordar han consumido en él casi toda su vida y no les queda más que esperar lo que ahora esperan: la jubilación. Pocos se salvan del taller después de haber remontado la cuesta de la existencia, como Sebastián Rebagliatti, a quien al vida transformó; como los hermanos Núñez, de los cuales todavía se mantiene en el taller, Baldomero, a pesar de su reumatismo.



Los tipógrafos tienen antecesores ilustres en todas partes del mundo; fué siempre la tipografía refugio de hombres inteligentes y entre nosotros fué durante mucho tiempo manejada y difundida por quienes, comprendiendo su inmensa trascendencia en la vida, trataron de difundirla, de colocarla en la mano de todos.

En los pueriles tiempos en que todavía se usaba como impresora la prensa de mano y en que los tipos eran todavía de madera, don Isidoro De María y sus hijos mayores, don Dermidio, don Alcides, don Isidoro, —todos los cuales han dejado huella duradera de su paso— se hacían tipógrafos y llevaban la imprenta a lugares en que hasta entonces la gente era incapaz de sospecharla ni de imaginarla. Y nuestro "Fénix", aquel fuerte y grande espíritu que llegó con la entereza y la sonrisa de la juventud a los ochenta y cinco años, era ya tipógrafo, que "componía" en español y en francés, a los once años de edad... Vivió "Fenix" sesenta años en la redacción de "El Siglo"; asistió a la evolución de la imprenta y se llenó de júbilo ante cada transformación que se producía; pero esto no le bastaba para la satisfacción de su espíritu, y hasta el instante de su muerte tuvo en una habitación de su casa, solicitamente guardado y cultivo —otros tienen una amante— un pequeño taller de tipografía.

Y los tipógrafos de Montevideo, cuando, para satisfacción propia, con orgullo evidente, recuerdan que los De María fueron tipógrafos, adoptan de pronto una actitud poco menos que solemne para recordar que, también, don Antonio Bachini fué tipógrafo...

De los tiempos heroicos de la tipografía, en que era indispensable hacer todo el diario a mano; "parar", una tras

otra, todas las letras que habrían de ser leídas después en pocos minutos; poner un enorme caudal de energías para hacer una de esas terriblemente grandes de los diarios cuyas páginas no se llenaban jamás; de aquellos tiempos en que se trabajaba por ocho pesos mensuales quien sabe cuántas horas diarias, en pequeños talleres sucios y sin aire, alumbrados por pequeñas lámparas de querosén de tubos rotos y remendados con papeles calcinados; de aquellos tiempos quedan todavía trabajando en las imprentas de los diarios, Antonio Gámbaro, el decano, con cincuenta y cuatro años de oficio... Baldomero Núñez, que tuvo su momento de esplendor en "La Nación" de la época de Santos; Emilio Ponte, de "El Ferrocarril" y uno de los fundadores del taller de "La Razón"; Bernardo Alemañ, que parece empeñado en oponerse a la acción del tiempo, cuando menos en la exterioridad de la línea. Han desertado del taller de los diarios, pero todavía hacen airosamente frente a la vida, Fénix y Jacinto García, José, Tomás y Ramón Núñez, Francisco Medina, Sebastián Rebagliatti, Juan Danuncio. ¿Cuántos más?

Los tipógrafos nuevos, más que por años de oficio por su adaptación a todas las manifestaciones de la evolución tipográfica, que tuvieron sus representantes hace algunos años en Félix García y Gabriel Ruqui, de verdadero sentido artístico, lucen actualmente en Artidoro Martínez, en Manuel Vitureira, en Alfredo Pérez, en Luis Gandolfo y en otros más.

Tras los tipógrafos vinieron los hombres nuevos de la imprenta, los hombres al servicio de la mecánica creada por el siglo que pasó. El día en que aparecieron las máquinas linotipas, los talleres de los diarios se hicieron más amplios, más aireados y se limpiaron: entró en ellos la luz eléctrica y el calor de los hornos; surgieron los ventiladores eléctricos y el estrépito mecánico lo llenó todo... Apareció el hombre nuevo del taller, el linotipista. Y el linotipista, quizá por ser nuevo, se creyó un tipo superior y desdeñó, desde el punto de vista del oficio, al tipógrafo, que ya llevaba una tradición sobre sus espaldas, que había creado y mantenido a costa de tremendos trabajos los diarios y los periódicos de Montevideo, que había puesto en la prensa algo más que un esfuerzo inconsciente. Los primeros linotipistas fueron muchachos, casi todos ellos aprendices de tipógrafos, que veían en el nuevo oficio la liberación de las rudezas que impone el trabajo en las cajas y en las mesas del taller. Eran muchachos entonces Santiago Ithurraldi, Luis Provens, los hermanos Godoy, Lista, Enrique Bottaro, Angelito Divaso, Emilio Bernardi y los hermanos Do Paso, de los primeros que manejaron las linotipas.

Luego, muchos de los nuevos y de los viejos tipógrafos se hicieron linotipistas y pronto, unos y otros, hicieron desaparecer las diferencias que entre linotipistas y tipógrafos ellos mismos habían creado.

Existe ya, desde hace algún tiempo, el linotipista nuevo que no llegó a ser tipógrafo, que no ha sido más que linotipista y que, hombre de conocimientos generales, domina la máquina igualmente con habilidad que con inteligencia. Carlos Ferrando, cronista de turf, redacta sus crónicas directamente en la máquina con la misma rapidez que pasa al plomo los originales ajenos. A este grupo de nuevos pertenecen también Carreras, Juancito Sans, Cañete, Inverso, Durán, Figueira, los hermanos Inda, y hasta "el viejo" Ortiz, ilustrado tímido, laborioso...



Se dice entre la gente de los diarios que quien una vez "toma el olor a la imprenta" ya no sale más de ella. Yo ya perdí la cuenta de los años que han transcurrido desde que esto me ocurre, pero yo me siento unido a la gente de la imprenta, porque advierto, sin haberlo podido precisar, que muy hondamente llevo yo algo de ella o que muy hondamente lleva ella algo mío. En ciertos momentos temo que nos una algo así como una complicidad. A veces creo que nos hace hermanos una gran obra que estamos realizando...

En algunos instantes me veo, a los siete años, de pie sobre una silla, con un "componedor" demasiado grande para mi mano, frente a los "burros", haciendo prematuramente de tipógrafo, por el placer de sentirme tipógrafo. Por eso, tal vez, he quedado para siempre en poder de la redacción...

—¿Y?... amigo Ponte, ¿cuándo nos jubilamos?

VUELVE PEPE PODESTA

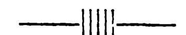
Es un detalle de Montevideo, es un instante memorable de la vida montevideana. Desde el momento del año 89 en que aparece en el circo levantado en la esquina de Yaguarón y Soriano hasta que, en el año 1896, llega hasta el escenario del teatro Solís traza Pepe Podestá todo un período de la vida ciudadana y comienza, aportándole una sólida base, una evolución en las formas literarias del ambiente.

Es verdad que antes de Pepe Podestá ya existían autores teatrales, es verdad que ya se habían escrito obras de ambiente nuestro a pesar de que era irremdiablemente necesario interpretarlas con actores españoles o, cuando mucho, españolizados. Pero faltaban los intérpretes, faltaba el teatro. Seguramente, cuando iniciaron su obra cuya culminación se señala entre los años de 1903 a 1905 en el teatro Apolo, de Buenos Aires, ni Pepe Podestá ni sus hermanos pensaron en realizar obra de trascendencia ni pudieron imaginar, siquiera, que la transformación en drama de la pantomima "Juan Moreira" habría de ser el origen de una evolución trascendental. Hay para pensar, en consecuencia, que los Podestá fueron los elementos inconscientes de una transformación que habría de operarse y que sólo estaba esperando el instante y el individuo propicios para revelarse. Pero hay para pensar, además, que las obras de trascendencia —de poca o mucha trascendencia— jamás se realizan queriéndose previamente que posean esas proyecciones. Es, en todo caso, el tiempo el que decide la importancia de la obra humana.

Los Podestá o, mejor dicho, Pepe Podestá y sus hermanos —porque siempre fué Pepe la inteligencia directora y la energía realizadora— no pudieron crear una literatura teatral que ya estaba creada antes que ellos, cuyo origen bien puede irse a buscar al "Ollántay" y que desde las postrimerías del siglo XVIII tenía entre nosotros importantes manifestaciones; pero crearon lo que podríamos llamar el escenario de ambiente para llegar luego a crear los actores nacionales. La literatura

criolla tuvo su primer escenario en la interpretación de "Juan Moreira" teatralizado por Pepe Podestá y el teatro nacional tuvo su primer gran actor en Pablo Podestá.

Aquella familia de pruebistas que un día del año 75 salía por su propia cuenta, manejada por el cariño y la energía de la madre, administradora, cajera y costurera, a vivir su vida volatinera por los puebleci!os de los departamentos vecinos al de Montevideo, ha tenido durante treinta años una influencia preponderante en la cultura popular de los dos países del Plata. Si no hubiera sido por ella, ¿se habría operado la transformación de nuestro teatro? Difícil es establecer si lo que se ha producido de una manera pudo haberse producido de otra, con sólo haber cambiado las circunstancias que lo produjeron. Quizá sea preferible creer que la evolución de las cosas se ha de producir siempre fatalmente y que de los hombres sólo depende el acelerarla o el retardarla. Luego, quedará siempre para los Podestá el mérito de haber sido los factores de esa transformación, llevándola como se llevan todas las grandes evoluciones, de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo; de haberla realizado combatiendo contra los más grandes obstáculos y disponiendo de un gran caudal de inteligencia y de energía.



Viéndolos de cerca, observándolos en la intimidad, todos los Podestá, los vivos y los muertos —fueron nueve y sólo quedan dos— revelaban cualidades espirituales de excepción. Tenían todos un hondo y cálido culto por la madre; y la madre, dueña de toda la energía y la decisión de una madre que sabe comprender y dirigir a sus hijos —¡ojalá todas las madres lo supieran!— jamás quiso separarse de ellos, aun cuando algunos de ellos eran ya viejos, y anduvo tras ellos en sus continuas andanzas, enérgica, decisiva, imperiosa, en las épocas de los grandes trabajos y de las dolorosas miserias, cariñosa pero pasiva, silenciosa, en los días del esplendor y del triunfo.

Todos ellos tuvieron fuerte sensibilidad espiritual; en todos ellos había una indudable manifestación de artista; y si fueron volatineros, si fueron "pruebistas" en su juventud, fué, seguramente, por inquietud espiritual, por el ansia de andar, de volar, de disponer de sí mismos como los pájaros, como las mariposas, como las moscas. Tal vez si hubieran podido disponer de una cultura superior o, simplemente, de una cultura, hubieran sido poetas. Porque eran artistas, porque realizaron con acierto cuanta manifestación artística estuvo al alcance de sus facultades, lograron pasar de acróbatas y payasos a la

escena artística. Casi todos ellos fueron, además de habilísimos artistas de circo, además de los lucidos actores teatrales que todos conocemos, músicos, pintores, escultores y hasta toreros. Fueron muchas las corridas de toros que los Podestá realizaron en el circo de la Unión, y el mayor de ellos, Luis, fué algún tiempo empresario taurino. Gran parte de la música criolla popular, sobre todo los más expresivos "estilos" y algún "pericón", son obra de los Podestá, en modo particular de Antonio, el primer director de Banda del circo Podestá-Scotti, el creador de una de las más aplaudidas interpretaciones de "La Piedra del Escándalo".

Pero el de personalidad más fuerte, el de más clara visión de las cosas y el más certero y más enérgico realizador es Pepe, que mantiene en pleno vigor su energía, heredada tal vez de la madre, aquella que fué al propio tiempo que madre, administradora, cajera, modista, cocinera y consejera de la compañía de volatineros que formaban sus hijos, siete hombres y dos mujeres.

Seguramente, Pepe no influyó sólo con su inteligencia y su energía. Pepe, a quien todos sus hermanos, aún los mayores, respetaban y acataban, tenía una cualidad que, si no era extraña en la familia, la tenía en cambio en grado preponderante: la bondad. Y como la bondad sólo puede perjudicar a quien al posee y no a quien con ella se beneficia, Pepe ha debido sufrir alguna mala pasada que ha soportado, desde luego, con sonriente energía. Durante mucho tiempo, sin embargo, rodó por entre bastidores la leyenda del egoísmo de Pepe Podestá; pero, ¿quién, que haya vivido en sus proximidades, habrá podido salvarse de las salpicaduras del teatro?



Pero si Pepe Podestá se hubiera quedado en Pepino el 88, si no hubiera realizado otra obra, si no hubiera dejado de ser el payaso que en nuestra niñez conocimos todos los de nuestra generación, del mismo modo se hubiera ganado el derecho a nuestra gratitud. Pepe logró popularidad inmensa con su Pepino el 88, sólo comparable a la que obtuvo su "Juan Moreira".

Recuerdo haber alcanzado la época en que ya se hablaba de la necesidad de que desapareciera Pepino, aquel payaso original, dicharachero, que mezclaba sus canciones criollas con las primeras canciones de ambiente suburbano y tengo bien fija en el recuerdo la emoción dolorida que en mi ánimo infantil producía la idea de esta desaparición que —lo veía bien— por fuerza habría de producirse. ¿Qué iba a ser de

todos nosotros, qué iba a ser de la gente y qué iba a ser de Montevideo el día en que Pepino el 88 no apareciera, nunca más, en el circo? ¡Cuánto, esta idea, golpeó mi cerebro y mi corazón!

Pepino empezaba a desaparecer, "Juan Moreira" había quedado relegado a segundo término en la escena criolla, con "Julián Jiménez" y "Martín Fierro"; se mantenía con su fuerte sabor de verdad campesina "El Entenao", nos encontrábamos en el momento culminante de "Juan Soldao", que sacudió el ambiente político, y se iniciaba la comedia campera con las escenas románticas de "Los Guachitos". Ya estaba todo definido, ya estaba preparado el porvenir y cuando se hablaba de la necesidad de que Pepe Podestá dejara de ser payaso, ya se hablaba, sin que se supiera, descontando el porvenir, de Florencio Sánchez, de Roberto Payró, de Gregorio Laferrére, de Ernesto Herrera, de Otto Miguel Cione.

Pepe Podestá, al volver a pasear por nuestras calles, al aproximarse a nuestro lado, todavía joven, ágil, inquieto, conversador, ha traído a sus espaldas un centenar de recuerdos, un millar de emociones, muy hondamente guardadas y más dulces hoy que en la época en que surgieron; un millar de recuerdos y de emociones que yo sé que comparto con todos aquellos que fueron niños al tiempo que yo lo fuí; un millar de recuerdos y de emociones que se volcaron atropelladamente en mi cerebro y en mi corazón cuando, al recibir con un conmovido abrazo a Pepe, como si abarcara con mis brazos, todo un pasado, le llamé desde el fondo de mi alma:

—Pepino! Pepino!

EL PROFESOR MORETTI

En Montevideo, el escenario natural de Moretti es el Palacio Legislativo. En ninguna otra parte —en la calle, en el café, en el tranvía— se advierte al artista con tanta serenidad de espíritu, con tanto fuego cordial, con tanta sinceridad expansiva. Está en su casa; seguramente es eso lo que siente hallándose en aquel edificio cuyo interior tiene ya el aspecto de maravillosa catedral. De ahí que suba escaleras, escale andamios, salte paredes, con agilidad juvenil, extraña seguramente en un hombre que ha traspuesto los sesenta años.

Moretti es alto y delgado, magro y cetrino; erguido el tronco, ágiles sus movimientos todos; gallarda es su prestancia y en toda su figura hay un cierto atildamiento, una cierta pulcritud que no restan nada de expontaneidad ni de naturalidad a la silueta. Mientras camina con paso que tiene cierta evocación militar, lleva la cabeza muy erguida y los ojos, grandes y de pupila muy negra, entornados, mirando hacia un punto siempre lejano.

Así me lleva, siguiendo corredores, cruzando salas, recorriendo andamios, saltando tramos de escaleras de madera y de escaleras de mármol, de un extremo al otro del magno edificio, en el que ha puesto, evidentemente, el calor de su espíritu de artista, de grande artista, que ha dado vida muchas veces y muchas veces calor, a aquellos mármoles cuya sola policromía, en el salón de los Pasos Perdidos, es una maravillosa derivación del iris.

El ornato de ciertos bloques tiene tal expresión, tal palpitación de vida, que en algún momento he sentido necesidad de palpar una rama o una flor de mármol, esperando o deseando encontrarle la sensación dáctil de la realidad. El ha visto esta actitud mía, poco menos que involuntaria; ha advertido, claro está, la sugestión artística, y su rostro se ha iluminado con un gesto de satisfacción tan bellamente expontáneo y tan bellamente ingénuo, que ha revelado por entero al artista.

Y con cuánta emotividad, con cuánto calor cordial, con qué entusiasmo de artista va expresándonos, uno por uno, todos sus propósitos y todos sus proyectos; con qué admirable fe en la belleza ya haciéndonos advertir los pequeños detalles

de aquella obra monumental que han de constituir la grande unidad artística. Luego, en una sala junto a la cual advierto los bocetos que sirvieron para el concurso de cariátides, encuentro la mesa donde el profesor realiza personalmente sus proyectos. Del proyecto de biblioteca hay siete dibujos en gran tamaño; cada uno de ellos significa una labor honda, sentida y meticulosa; pero Moretti no está conforme con ninguno de esos proyectos. Quizá este detalle de uno, la galería de este otro, la luz conseguida aquí, puedan servir de base a nuevos estudios...

Y al ver que Moretti se detiene largamente en estudiar y en corregir los detalles de una flor, de una sola línea a veces, en una obra donde esos detalles aparecen a millares a cada instante, se comprende la sinceridad artística de aquel hombre. Sin duda él, que tantos magníficos monumentos ha levantado, —al revés de lo que le ocurrió a aquel grande artista que construyó la Catedral de Colonia— tiene la sensación de que no le ha de vencer el tiempo, de que el tiempo se detendrá a aguardarle al borde del camino, dominado, detenido, por la emoción del arte...

Luego, los planos del piso del Salón de los Pasos Perdidos. Dónde ha hallado el profesor tan admirables colores? Los mármoles y las piedras que están en ese dibujo reproducidos, se encuentran en trozos sobre la mesa en que admiro el dibujo del proyecto. Ya no me parecen tan admirables esos colores, así, aisladamente, sin la combinación y sin las líneas ideadas por el artista. ¡Qué hermoso es esto! Pero Moretti dice que no, que aquello no es hermoso como lo creemos y hace la autocrítica duramente, despiadadamente. Aquello no es bueno. Tendrá que hacer algunos estudios más...

Después hablamos de arte en general, prescindiendo de su obra, y este hombre a quien Italia debe muchos de sus magníficos edificios contemporáneos, este hombre modestísimo que reconstruyó el "Campanile" de Venecia, habla con la emoción, con el entusiasmo, con la fe, con el profundo regocijo espiritual de un muchacho de veinte años. Oyéndole hablar de tal modo, se siente uno amigo de Moretti, pero Moretti le inspira a uno un respeto poco menos que religioso.

Y recuerdo que a Moretti, de regreso a Italia después de haber firmado en Montevideo el contrato para la dirección del Palacio Legislativo, el Papa le ofreció la dirección de los museos del Vaticano; y que Moretti hubo de declinar el ofrecimiento para cumplir el compromiso contraído en el Uruguay. Advierto entonces que este rasgo pone de manifiesto la figura de Moretti, la figura del artista y la figura del hombre.

Entonces lo veo a Moretti más cerca todavía de mi corazón.

LOS "VIEJITOS" DEL BANCO DE SEGUROS

Qué cosa más pueril, al par que más grande y más hermosa, es el rostro de un viejo que sonríe! Esa serena niñez de los viejos, de los seres que han vivido largamente, parece una recompensa de la naturaleza, un bello regalo, porque nada hay tan puro, tan fresco, tan lleno de encanto, como la niñez. ¡Cuántas veces en los momentos más amargos de su vida, dice el hombre: ¡quién fuera niño! Los rostros sonrientes de los viejos, llenos de pueril encanto, parece que revelaran la satisfacción enorme de sentir cumplido el anhelo de las horas de dolor: ¡quién fuera niño!

Envejecer es sentirse desaparecer lentamente, es sentirse vibrar como un sonido que se aleja, que se apaga, que se esfuma en el horizonte de la noche y envejecer es anhelo de vivir, es ansiá de perdurar, es afán de resucitar, es deseo vehemente de empezar de nuevo la vida: ¡quién fuera niño! Y cuando al fin el hombre se apaga, se deshace, se acaba, vuelve a la niñez, realiza su anhelo; pero no advierte que lo ha realizado, no tiene conciencia de su niñez, de nada le sirve a su espíritu el haber tornado a su punto de partida, porque la niñez es inocencia! Y el hombre desaparece definitivamente de la tierra sin saber que ha vuelto a ser niño, él, que pasó su dolorosa vida deseando serlo algún día...

Es hermoso el rostro de un viejo muy viejo; porque está iluminado de una indefinible, extraña luz de inocencia; porque parece la expresión de un tránsito trascendental, porque refleja el instante en que el hombre está pasando, lenta y seguramente, de la vida a la muerte. Es hermoso el rostro de un viejo que sonríe, porque es un rostro que está sonriendo a la muerte, que ha empezado a familiarizarse con el misterio, de donde vino, y del cual no lo separa ya más que un instante, un segundo, tal vez...

El rostro de un viejo es el rostro del hombre asomado a los balcones de lo infinito.

¿Cuántos son? Ciento cincuenta, doscientos, trescientos; son muchos, tantos, que llenan el salón de la planta baja del Banco de Seguros del Estado y desbordan hasta la acera, una de las aceras de la calle Rincón, sobre las cuales, a esa hora de la tarde, vuelcan los carros venidos de la Aduana, los grandes cajones que reciben las casas importadoras.

Sobre tantas, tantas cabezas viejas, cabezas que cada nuevo día se inclinan más hacia la tierra, flota un ambiente grato, de bienestar y de sonrisas. Todos aquellos viejos han olvidado la muerte; casi todos aquellos viejos han olvidado sus reumatismos y sus pequeñas grandes angustias; se sienten felices como nunca, más niños que nunca. Todos los meses se encuentran allí, frente a las mismas ventanillas del Banco donde van en busca de la pensión a la vejez; que el haber llegado a viejo da derecho a un poco, aunque sólo sea muy poco, de tranquilidad y esperanza. Se conocen, se tratan, se cambian impresiones, se cuentan sus vidas pasadas, sus oscuras, ignoradas historias, y hablan de sus enfermedades que, sin duda, tienen pendientes la atención del mundo y mantienen en peligro la gravitación universal!

Reunión locuaz y reunión amable de gente que, sin embargo, pasa en sus casas todos los días del mes renegando contra la gota, mortificada con la grita de los niños, molestada porque estos malos tiempos que vivimos todo se lo llevan por delante, nada respetan, nada dejan en pié. Es que aquella reunión mensual suaviza los corazones y endulza las palabras...

Van en procura de los ocho pesos —sólo ocho pesos— que el Estado asigna a los pobres de solemnidad que han cumplido sesenta años de edad. No, no es mucho eso. Por pobres que sean los viejos, siempre ocho pesos serán suma exigua; pero no en todo caso el dinero es tan vil como aseguran quienes lo desprecian sin poseerlo, sin embargo. ¿Qué hacen al cabo de treinta días con ocho pesos? Quizá un poco más de pan, tal vez un abrigo; es posible que haya quienes ni siquiera alcancen a darse cuenta de en qué los invierten, porque no dejan beneficio de ninguna clase. Mas, el Estado cumple con un deber de humanidad.

Pero este puñadito de dinero, que parece debiera ser suficiente para ellos, que son puñaditos de huesos, va hacia ellos todos los meses envuelto en el mágico encanto de la ilusión. Cada treinta días, los viejos aparecen ante las ventanillas del Banco con el aspecto, si no de haber recobrado la juventud, sí de haber caldeado sus entrañas al calor de la ilusión.

¡Qué fuerte, qué buena, qué vivificante es la ilusión que se apodera de los viejos y les hace sentir la vida del mismo

modo, con la misma fuerza con que la sienten dos amantes jóvenes! Día de alegría, de encanto, de ilusión, es ese en que se reunen en el gran salón de la planta baja del Banco de Seguros, donde se conocen, se cambian impresiones, se cuentan sus vidas pasadas, sus oscuras, ignoradas historias.

Son viejos sonriente los del Banco de Seguros. Como les parece que en aquel momento la vida empezara a serles buena, antes de salir de sus casas se disponen a colocarse, al fin, de acuerdo con la vida. Y aparecen en el Banco, no ya "viejecitos, sino simplemente "viejitos" con el rostro afeitado, nueva la camisa, pulcramente anudada la corbata. Ellos también, los viejitos, tienen en el rostro la misma sonrisa, en el corazón la misma buena voluntad, en los labios las mismas buenas palabras, en las ropas la misma expresión de extraordinaria prolijidad.

No, no; no es cosa tan vil el dinero como afirman quienes lo desprecian sin haberlo poseído ¡sin embargo! El dinero les aporta la ilusión; el dinero, si no alcanza para pagarles una casa, sobra en cambio como para que se compren un castillo en el aire. Bien se sabe que es muchas veces más feliz, más efectivamente feliz, quien habita un castillo en el aire que quien se alberga en el más hermoso castillo de la realidad. ¡Ocho pesos! ¿Son poca cosa, pues ocho pesos?

El pobre, el infortunado viejo que ha llegado a sentirse solo, abandonado por la vida, advierte así que no está tan solo y que le ata ya a la vida un motivo para continuar viviendo...



¡Cuánta ilusión inútilmente concebida, cuánta esperanza absurda, cuánto dolor perenne, cuánta angustia sangrante, cuánto ensueño malogrado hay en cada humano que ha llegado a la vejez! La vejez es la suma y compendio de una tragedia, la más grande y bárbara; la tragedia de la vida; de toda al vida.

Y conmueve, por tanto, sacude en lo hondo, el espectáculo aquel de la reunión mensual de los viejos en el gran salón de la planta baja del Banco de Seguros del Estado; cada cabeza es una tragedia que llega a su término o un dolor que se mantiene obstinadamente; cada cabeza es un fracaso humano, ya que en todo individuo que declina hay una aspiración o un anhelo o un ensueño que no pudo cumplirse; ya que en todo individuo que declina hay algo, impreciso muchas veces, que debió cumplirse y que sin embargo no se cumplió...

Viejitos pulcros, sonrientes, alegres, vestidos con lo mejor

de sus míseras ropas y que parecen limpias como nunca porque fueron aliñados ese día con el calor de la ilusión que animaba a sus manos torpes; viejitos que, después de haber trabajado, de haber sufrido, de haber llorado, de haber esperado y de haber soñado durante toda una vida; después de haberse colocado frente a los balcones desde los cuales se contempla lo infinito, se abre el horizonte del misterio, después de tanto afán que se desvanece sin huellas y sin recuerdo, se sienten felices, felices de seguir viviendo y de seguir sufriendo, sólo con retener en sus manos hechas de huesitos y piel, un puñadito de dinero, ocho piezas de plata!

¡Oh, no siempre es el dinero cosa tan vil, tan despreciable!

LAS EVOCACIONES DE DON MARIANO FERREIRA

Pequeñito, descarnado, al punto de que las arterias de su cabeza calva simulan una gorra de red, las pupilas enérgicas y luminosas se detienen en mí un instante y recibo la impresión de que alguien que no es él, de que alguien joven y fuerte, me mira detrás de las órbitas de don Mariano Ferreira.

Le manifiesto mi sorpresa, le hablo del extraordinario vigor de esas pupilas, y él me dice ahuecando la voz, con emoción y orgullo:

—Es la raza! Son los Artigas!

Yo no sé qué es eso; pero como sé que tras aquellas pupilas hay una raza y, más que una raza, una tradición venerable que arranca del Manuel Artigas, primera víctima, casi, de la revolución de Mayo, y que entronca con Fermín Ferreira, el médico noble y heroico de nuestras primeras luchas de sangre, creo que algo del pasado epopéyico hay en la luz de las negras pupilas del anciano.

—Es verdad; he estado muy mal, muy grave, porque a mi edad son un serio peligro las afecciones pulmonares. Pero como soy fuerte, gracias a Dios, el 20 pasado pude conmemorar con los miembros de la familia que todavía me quedan, el ochenta y ocho aniversario de mi natalicio, pues nací el 20 de enero de 1834.

Don Mariano Ferreira es una de las figuras más conocidas de la población de Montevideo, ciudad de su nacimiento, y de la cual encarna una buena parte de su tradición. Durante cincuenta años la ha recorrido diariamente a pie, con paso siempre menudo y rápido, de un extremo al otro. Durante esos cincuenta años, tal vez, ha sido el infaltable concurrente a los espectáculos del Solís en cuya boletería está siempre el mismo sillón para la hora en que don Mariano lo reclame. No importa que el telón del viejo teatro se levante para un espectáculo de ópera, de zarzuela, de sainete o de cinematógrafo; don Mariano reclamará día tras día, su sillón a su casi contemporáneo don Alberto el boletero...

Yo he sido un gran bailarín y un gran caminador. En mi tiempo se bailaba el vals por lo alto y la "galop" y era un timbre de honor el no dejar una sola pieza sin bailar... Hasta hace poco más de un mes, yo caminaba mis cuarenta cuadras diarias; pero ahora me canso un poco. A pesar de todo, salgo todavía...

Pero el don Mariano Ferreira actual es por demás conocido en Montevideo y yo busco al otro; el de los lejanos tiempos.

—Yo nací el año 34 y sin embargo, mis primeros recuerdos personales datan del 38 y 39; pero están demasiado lejanos. Si hago un esfuerzo de memoria, mi vida toda, desde aquella fecha hasta hoy, se me aparece como si la contemplara en un espejo.

Difícil es hacerle evocar a este hombre determinados recuerdos; y preferimos ceñirnos a algunos de los que le sean más personales.

—Sí: allá por los primeros meses de la Guerra Grande, fuí discípulo del Colegio Oriental, de don Juan Manuel Bonifaz, gran educacionista, un tanto original por sus métodos cuanto por su modalidad. Había compuesto una gramática en verso, con el fin de facilitar su retención, y daba sus lecciones con acompañamiento de guitarra. Se sentaba en un entarimado con la guitarra y, colocados en fila frente a él los discípulos, nos hacía cantar a coro la lección con movimientos acompasados del cuerpo y de los pies. El le llamaba la "gramática cantada y bailada"! ¡Toda una originalidad!

Sus duras pupilas sonríen, y agrega evocador:

—Oh! mi vida es muy larga; muy larga para contarla! En dos gruesos volúmenes he dejado mis memorias. He sido soldado muchas veces y casi otras tantas veces emigrado por la fuerza de las circunstancias políticas. Saltemos muchas cosas. En 1849 fuí agregado a la Legación en París, con Melchor Pacheco; de aquella época guardo un retrato al pastel de Alejandro Dumas. También entonces traté en París a Teodoro Vilardebó, que se encontraba al frente de un establecimiento de sanidad... Aquí está el retrato de Dumas; observe usted qué bien se conserva...

Pero don Mariano Ferreira vuelve a Montevideo durante el período de la Guerra Grande...

—La vida social de entonces tenía su núcleo principal los domingos en la Matriz, después de la misa de una. Nuestras "paquetas" salían de allí por la calle 18 de Julio, hasta el Cementerio Inglés, que quedaba frente a la línea de fortificaciones. La concurrencia se cobijaba bajo unos ombúes que todavía sustistían allí. Dentro de las fortificaciones, estaba el

paseo del Recinto donde en las fiestas de Reyes se realizaban los "candombes" de negros. En el verano, durante las noches de luna, el paseo obligado era el muelle de Gowland, en el extremo de la calle Colón. Y entre los recreos particulares, figuraba en primera línea la quinta de las Albahacas, en la Aguada, también fuera de la línea de fortificaciones...

Pero las reuniones más "distinguidas" se efectuaban en una sociedad recreativa que mensualmente ofrecía sus festivales en su local de los altos de la panadería Tobal, en 25 de Agosto y Cámaras. El lugar era lóbrego y apartado, lo que hacía que las familias se hicieran acompañar de sus criados, los que eran portadores de los zapatos de baile de las "muchachas", que sólo de ese modo se libraban del fango de la calle. El lujo de entonces eran las camelias blancas, codiciadas por escasas, pero que empezaron por costar un patacón cada una y concluyeron por venderse a doce "vintenes". Vestían los hombres frac azul con botones dorados y pantalón negro con franjas también doradas y guantes "color patito".

Recuerdo que uno de los mejores bailes lo dió la sociedad el 17 de Julio de 1853, celebrando el aniversario de la Constitución... Al día siguiente se produjo el motín aquel...

Buscamos algunas impresiones "personalísimas" del doctor Ferreira y entonces evoca el nombre de Lavalleja.

—En el año 53, durante el triunvirato, era yo auxiliar del ministerio de Hacienda. El día 22 de octubre tuve que ir a someter a la firma de Lavalleja ciertos asuntos del ministerio. En el Fuerte, que era la Casa de Gobierno, encontré a Lavalleja departiendo con Juan Carlos Gómez, su ministro de Gobierno, que estaba a su lado. Despachó el ex jefe de los Treinta y Tres los documentos que yo llevaba y, ya en el patio de la Casa de Gobierno, de regreso a mi oficina, oí voces de alarma y ví gente que corría hacia el despacho del gobernante. Acudí yo también y encontré, muerto de un ataque apoplético, al general Lavalleja, en el mismo sillón en que lo había dejado momentos antes. Fuí yo, sin duda, quien recogió las últimas firmas de Lavalleja...

Las funciones administrativas y la inquietud de aquellas épocas, no me impidieron seguir estudiando. El 3 de abril del 54, se me confirió el grado de bachiller en acto público celebrado en la nave central de la Iglesia Matriz, siendo mi padrino el doctor Juan Carlos Gómez. Recibí el grado de doctor en jurisprudencia el 19 de julio del 57, siendo mi padrino de tesis don Manuel Herrera y Obes y de grado, mi padre. La ceremonia se celebró en la Capilla de la Iglesia de los Ejercicios y conmigo, formaban parte de los graduados José Gabriel Pa-

lomeque, José Pedro Ramírez, José E. Ellauri e Ildefonso García Lagos.

Hay en el despacho en que nos recibe el doctor Ferreira, una vitrina que guarda objetos antiguos, reliquias históricas, quizá... Advierte que aquello atrae mi atención y, señalando con su diestra descarnada:

—¿Ve usted esa divisa? Es la que usó Leandro Gómez en el Cerrito. Llegué a Paysandú dos días después de rendida la plaza, entregada a la custodia de los pocos vecinos que quedaban. No quiero hablarle a usted del terrible aspecto que ofrecía... Bajo unos escombros encontré un paquete de cartas familiares del general Gómez, y esa divisa, blanca y roja... Aquella otra es la que usó mi abuelo materno en la batalla de San José...

Este elegante bastón es de carey; la empuñadura de oro; la contera de plata. Fué de mi padre y era el adminículo obligado de los elegantes de su tiempo...

. . . .

—¿Más adelante? Bien. En abril de 1887 formé parte del Comité Directivo del Partido Constitucional y he permanecido fiel a aquel programa. Cuando, en 1897, el señor Cuestas me ofreció el ministerio de Relaciones Exteriores, lo acepté con la misma condición con que aceptaron los suyos Eduardo Mac Eachen, Juan Campisteguy y Jacobo Varela, es decir, de que se lograra la pacificación del país y el olvido de los odios producidos por los seis meses de guerra...

Don Mariano Ferreira abandona el escritorio junto al cual ha estado sentado hasta entonces, viejo mueble sobre el cual aparece una vela, única luz con que se alumbra cuando escribe. Y ofrece a mi vista, sin pronunciar una sola palabra, seguro de provocar mi admiración, un álbum en que aparecen retratos y autógrafos de Belgrano, de Rivadavia, de Manuel Artigas, de Andrés Lamas, de Juan Carlos Gómez, de Manuel Oribe, de Diego Lamas, de Garibaldi, de Cornelio Saavedra, de Leandro Gómez, de Venancio Flores, de Bernardo Berro...

La historia del país, documentada y viva...

He visto bastante; he evocado bastante; me dispongo a salir. Pero al cruzar una sala, vuelve el dueño de casa a extender su mano enjuta y me dice:

—¿Ve usted eso? Es el primer piano que se fabricó en Montevideo... ¡Cuántos minuets y cuántas gavotas!... ¡Yo era un gran bailarín!

EL RECUERDO DE LOS ATORRANTES

¿Dónde están, cómo son los atorrantes de Montevideo? Un día en que con un amigo necesitamos aproximarnos a algunos de esos tipos, recorrimos en automóvil todo el perímetro de la ciudad, sin hallarlos. ¿Es que ya no hay atorrantes en Montevideo?

Sin duda los hay, sólo que ya no son como los de antes, como aquellos que encontrábamos al sol en los viejos muelles de la Aduana, como aquellos que levantaron, con "latas", un barrio entre las basuras de los fondos del Cementerio Central; como aquellos que encontrábamos a cada instante por todas las calles de la ciudad, huéspedes de los bancos de las plazas. Antes, el atorrante, al que llamaremos primitivo, confiaba enteramente su vida a la generosidad o a la compasión o al temor de las gentes sencillas. Tenían de tal modo, resuelto el problema de la subsistencia, mientras el resto de los semejantes luchaban por solucionar el propio.

Eran los buenos tiempos de los atorrantes legítimos, puros, sin degeneraciones ni debilidades. Eran los tiempos, poco menos que heroícos, en que sus figuras se esparcían por toda la ciudad como desperdicios arrojados por al marea social. Entonces, los frailes de un convento de Buenos Aires, advirtieron que el vago —que pululaba en grandes cantidades— era un elemento utilizable de las casas religiosas, donde se les obsequiaba con los residuos de las comidas. Y desde entonces, sólo les dieron los desperdicios de la cocina, a cambio de que les ayudaran en la torrefacción de café. Fué así que, por dedicarse a la tarea de torrar les llamaron, con toda impropiedad gramatical "atorrantes".

El nombre de "atorrante" les vino, pues, a los vagos, por haberse puesto una vez a trabajar. Y bien merecido tuvieron el mote denigrante, que seguramente pesa sobre sus conciencias, como la maldición divina en el pobre hombre. Así como el hombre tiene que ganar el pan con el sudor de su frente, el vago tiene que cargar, para siempre, con el estigma de "atorrante", por haber dejado una vez de ser vago.

Muy numerosos y largos fueron los años, después que de-

jaron de torrar en el convento de B. Aires, que los atorrantes pasaron sin trabajar, es decir, en su estado natural. Fué durante ese período, que lllamaremos de esplendor, que la figura del atorrante adquirió relieve propio, que hizo escuela en el orden moral y que reinó, dueño absoluto, en los bancos de las plazas. Yo lo recuerdo todavía, sí, señores, tendido en los bancos de la plaza Artola, durmiendo por las noches, rascándose al sol la sucia pelambre, por los días.

Ya tenían historia, ya tenían tradición, ya tenían antecesores ilustres los atorrantes de Montevideo! Yo alcancé a oír, de los labios de los sirvientes y todavía frescos por la emoción de lo vivido, los relatos de la vida del capitán Viruta, que corría tras los tranvías de la calle 18 de Julio, hasta la Unión, los días, prehistóricos para la gente de hoy, en que se realizaban corridas de toros; el mismo capitán Viruta que una noche, habiendo querido escalar uno de los portones del cuartel de la Unión, fué volteado, para siempre, por el tiro certero de un centinela. Yo alcancé a conocer a "Milonga" (¿sería un antecesor de la "Milonguita" de hoy?), que llevaba unos pantalones muy brillantes y cargaba al hombro una bolsa donde, según me dijeron entonces, llevaba a los niños malos para comérselos crudos con su tremenda bocaza!

Algún tiempo después, conocí a uno de los más ilustres atorrantes montevideanos, una de las figuras más características de la época y de las que mayor popularidad alcanzaron. Era un viejecillo delgaducho, con el dorso inclinado hacia adelante, con saltarín andar de chingolo, con patillas grises abiertas que recordaban los retratos de Valeriano Weyler, con los pantalones muy estrechos y muy cortos y en lo alto de la cabeza una "galerilla" muy pequeña, de esas que parecen hechas para que hagan reir los malos cómicos del sainete español. Era el Sargento Pucho o, como más cariñosamente le llamaban sus numerosas relaciones —todos los muchachos de la calle— "Puchito". ¿Habrá que decir cuál era la afición de Avelino Ruedas, que le había valido el mote de "Puchito"?

Poco a poco —nadie sabe cómo— fueron desapareciendo de Montevideo los atorrantes y los atorrantes de Montevideo. Los ha llevado por delante la vorágine de la vida moderna; el atorrante, por lo menos el atorrante popular, no ha tenido más remedio que pagar tributo a las grandes transformaciones sociales y económicas. Los atorrantes de hoy, como sus ascendiente los del convento de Buenos Aires, tienen que trabajar. Es ya la del atorrante, una profesión venida a menos, porque las gentes generosas o compasivas o temerosas, que se dedicaban a alimentar atorrantes, hoy no disponen apenas de lo necesario para el sustento propio.

Por eso ya no hay atorrantes en Montevideo. Y, si los hay, como ya no andan mal entrazados, como no duermen en los bancos de las plazas, como no piden un "vintén", sino que "pechan" pesos o viven de un empleo, nadie cree que existen y nadie les llama atorrantes. Lo indudable, en cambio, es que el atorrante ha degenerado.

Sin embargo, el atorrante era un ser a quien sobraba individualidad, que jamás andaba corto en filosofías. Puesto que no creía en nada ni esperaba más que, de cuando en cuando, un pedazo de pan duro, (no era asceta sino estoico), tendido panza al sol miraba, indiferente o desdeñoso, pasar nuestra preocupación, nuestra ansiedad, nuestra esperanza, nuestro dolor...

Y muchas veces, sospechando que tal vez había alcanzado un grado de felicidad, al pasar junto a él quizá sentimos impulsos de darle un puntapié.

LA GALLARDA FIGURA DE LEONCIO LASSO DE LA VEGA

Leoncio Lago de la Vega, fué una de las figuras más interesantes y más originales que ha tenido Montevideo. Nacido en Andalucía, donde obtuvo el título de médico, vivió entre nosotros los últimos catorce años de su vida y llegó hasta nosotros trayendo un hondo dolor oculto, que porque todos respetaron nadie osó penetrar en él.

Cuando vino a Montevideo, después de haber vagado por diversos caminos del mundo llevando a cuestas el bagaje de su dolor, tenía ya el cabello blanco, blanco el bigote romántico, pero llenos de luz todavía sus ojos claros, lleno de juventud su vibrante espíritu. Más grande todavía que el caudal inmenso de su talento y de su erudición. Tenía apostura gallarda, altiva la cabeza que se tocaba con un sombrero de alas redondas echada hacia atrás, que al dejar en descubierto su noble frente, acentuaba la arrogancia de su apostura. Su silueta, sin duda también como su espíritu, tenía algo de Quevedo y algo de Cyrano de Bergerac.

Pero su espíritu, su fuerte espíritu, era el relieve inconfundible de su personalidad originalísima en nuestro ambiente. Parecía el espíritu de Voltaire y, seguramente, si hubiera vivido en el siglo XVII hubiera sido el espanto de los ingenuos religiosos y el terror abominable de la iglesia.

Vivió de su talento y de su ingenio —de su enorme ingenio— y fué un prototipo de bohemio, aún cuando estuvo al alcance de su voluntad en cualquier momento el dejar de ser bohemio para hacerse un buen y apacible burgués. Pero todo lo desdeñó, todo lo despreció, como no fueran los sentimientos íntimos de su corazón, un nobilísimo corazón, grande, bueno, generoso, abierto en todo instante a las más nobles, a las más puras a las más elevadas manifestaciones de su espíritu. Hoy se podría decir, en consecuencia, que Lasso de la Vega vivió su vida entera despegado de la tierra.

Vivió derrochando, hasta la última moneda, el inconmensurable caudal de su talento y su sabiduría, sin preocuparle la

certeza en que llegaría el instante en que, como el hombre del cerebro de oro, de Daudet, el último rastro de su cerebro no sería más que una gota de sangre. Y tal era la amplitud de su talento, y tal era la amplitud de su espíritu, que Lasso de la Vega fué poeta, literato, filósofo, psicólogo, historiador, músico, matemático, médico, orador, periodista, novelista; fué todo lo que quiso ser y hasta lo que no quiso ser.

La proximidad de este hombre que a los cincuenta años tenía aún todo el encanto de la juventud, era un motivo de atracción irresistible; y por eso junto a él se estrechaba siempre un núcleo de los más diversos amigos, amigos que se convertían en admiradores devotos, porque cada uno de los más diversos hombres, encontraba en Lasso de la Vega lo que su mentalidad o lo que su corazón necesitaba.

Y si sugestionaba con su perenne sonrisa de juventud, Laso de la Vega subyugaba con su conversación, con el musical timbre de su voz, con la elocuencia del "causseur" incomparable, siempre brillante, anecdótico, ameno y enjundioso. A su lado, en cualquier momento se aprendía algo o se disfrutaba un bello sentimiento o una bella emoción.

Todos los que fuimos sus amigos, todos los que, aún sin ser sus amigos, nos aproximamos a él alguna vez, le debemos una gratitud porque de él llevamos todavía algún pensamiento, algún sentimiento o alguna emoción.

El humorismo, la gracia, la espiritualidad, eran manifestaciones perennes de su espíritu que puso todos los días en el diario, aún en los sueltos que debieron por su índole ser insignificantes y que sin embargo llevaban la huella indeleble de su refinada sensibilidad. La simple noticia de una denuncia —la más vulgar de las noticias de la prensa— era motivo para una manifestación de su ingenio; y para hacer sútil y alado lo más vulgar y lo más insípido, optó un día por escribir todo en verso, simulando prosa en la forma de la composición tipográfica. Tenía excepcionales facultades para el ritmo (todo en él era armonioso) y sus artículos y sus sueltos versificados llegaron a acaparar la atención de los lectores. Así surgió una sección que él tituló "Salpicón", muchas de cuyas composiciones llegaron más tarde a constituir un volumen. Y unas veces en verso y otras en prosa, día tras día fué dejando en el diario las mejores manifestaciones de su talento y de su saber, que era enorme. Fué ruidosa y apasionante su campaña anticlerical, que unas veces en tono grave, otras en tono risueño, a veces en verso y a veces en prosa, realizó tesoneramente, con talento y con sinceridad.

Como se atribuye falta de energía al bohemio, parecerá ahora extraño que se afirme que Lasso de la Vega vivió una

línea moral inquebrantable. Era, sin embargo, enérgico en el mantenimiento de sus convicciones, enérgico en el mantenimiento de su disciplina moral, de "su" moral, que se había creado como producto de su erudición y, sobre todo, de su experiencia sentimental. Se propuso mantener en todo instante su libertad y fué, porque quiso serlo, un hombre libre en cuanto es posible ser a quien tiene la noción exacta de la dignidad y de la dignificación del hombre, pero posee el absoluto conocimiento de su situación de ente social. En sus últimos años, se entregó sin reparos al alcohol, consciente de su actitud, sin renegar ni avergonzarse siquiera de su vicio. Y cuando alguien le reprochó esto un día —hemos dicho que Lasso llevaba en su interior una profunda amargura, la amargura de su tragedia sentimental y la amargura de haber llegado al fondo de todas las cosas— contestó con acento emocionado:

—No soy yo quien "chupa" al alcohol; es el alcohol el que me "chupa" a mí!

Su amargura se acentuaba cada nuevo día; y ya en sus horas más angustiosas, cuando se hallaba en una cama del Hospital Español, esperando el paso de la muerte, que él aguardó con la serenidad de los espíritus más fuertes, decía a uno de los amigos atribulados que todavía lo acompañaban:

—Yo tuve tres grandes pasiones: mi canario, mis claveles y las estrellas... El canario se me murió; los claveles se me secaron... y ahora me indigna pensar que no puedo apagar las estrellas!

Ni un momento dejó de ser poeta, ni un instante dejó de vibrar su alma en la más honda y conmovida emoción.

Y tuvo un espíritu tan fuerte y una sinceridad tan grande, que en el instante de morir, cuando la hermana de caridad que lo asistía le pidió dulcemente que fiara en dios, que pensara siquiera en dios, que se sometiera ciegamente a la idea de dios ante la esperanza de que se realizara un milagro, Lasso de la Vega, en el último extertor, en el momento mismo en que la vida se le iba, con el esfuerzo de su última expiración, lanzó una tremenda blasfemia contra dios!

Sin duda la pobre mujer quedó aterrada, creyendo que había asistido al demonio e incapaz de comprender la grandeza de ese hombre que ante sus ojos acababa de desaparecer!

LA ANATOMIA DEL CORAZON

Frente a una de las aceras de la calle Rincón, se abre un escaparate en el que se ostentan, en marco blanco, algunas zincografías reproduciendo cuadros más o menos célebres, más o menos celebrados. Sin advertirlo, "César" y yo, que hemos quedado detenidos en medio de la acera por la atracción del escaparate, largo rato quedamos con el ánimo pendiente de una de aquellas figuras. Cuando vuelvo a la realidad de la calle, veo en el rostro de mi amigo pintada una emoción que sin duda está también en el fondo de mi espíritu.

La figura que ha detenido tan hondamente nuestra atención, es un cuadro muy conocido aunque no vulgarizado, lleno de fuerte y vibrante emoción. Muchos de nosotros lo conocemos de largo tiempo, y muchos de nosotros alguna vez hemos sido conmovidos por la escena que representa. Es, quizá, la sala de un hospital, donde algunas mesas de mármol esperan la carne mármorea de los cadáveres para la disección y en una de las cuales, tendida boca arriba, yace la figura de una mujer hermosa, en el esplendor de una desnudez casi absoluta, y de una bella juventud absurdamente malograda. Es una hermosa y rotunda expresión de feminidad.

Junto al cadáver de la joven, de pie, un hombre, un viejo, un médico seguramente. Es un viejo que expresa la plenitud del vigor espiritual, un viejo de cabellera enmarañada, de barbas largas tan blancas como la cabellera, que observa a través de los lentes que parecen querer escurrirse de la nariz, una entraña sangrante que levanta entre los dedos de su mano izquierda, un corazón, el corazón de la hermosa mujer tendida sobre la mesa de mármol. Esta figura, este cuadro, se llama "La anatomía del corazón".

Naturalmente, toda la belleza, toda la sugestión de la escena radica enteramente en el hombre. Y es en la figura del hombre en la que se ha detenido nuestra atención, y frente a la cual hemos sentido acelerarse un poco los movimientos del propio corazón. Se advierte fácilmente lo que ha ocurrido allí. El médico, el hombre que ha vivido largamente y que larga-

mente ha estudiado, para quien se han disipado muchos de los grandes misterios de la ciencia, que ha llegado a comprender, porque se lo enseñó su profesión, el sentido de todos los dolores y de todas las miserias de la humanidad, se encuentra frente al más inquietante, al más indescifrable de los misterios que puso la vida ante sus ojos escrutadores: el corazón de la mujer. El viejo ha pasado accidentalmente por la sala de disección, quizá entró en ella anticipándose a la llegada de los jóvenes discípulos, o inopinadamente se encontró solo frente al esplendor inanimado de la belleza femenina, frente a la más bella expresión material de la mujer. ¿Sabrán acaso las mujeres, el valor expresivo que para algunos hombres tiene la palabra "mujer"?

Cuántas de sus noches juveniles no habrá perdido el viejo maestro, en la tortura desesperante de las cosas no comprendidas, por la decepción del amor mozo que no llegó a florecer! Cuántas veces habrá martirizado su cerebro juvenil, queriendo explicarse el hermetismo de un corazón impasible a sus demandas! Cuántas veces, en esos sueños absurdos que sueñan todos los que creen y esperan, cantan o estudian, enseñan o lloran, cuántas veces no habrá imaginado ese viejo siempre torturado por el misterio, la posibilidad de arrancar a la Naturaleza, todo el terrible secreto que puso en el corazón de la mujer joven y hermosa! Sin duda, muchas veces hubiera querido delante de sus profesores o de sus compañeros de estudio, cada vez que se encontró frente a un cadáver de mujer, ir derecho a su corazón y verlo, oirlo, sentirlo latir, descubrir el terrible secreto cuya existencia ha imaginado; pero, sin duda, se ha contenido temeroso de que le creyeran, más que médico, poeta.

Ahora se ha encontrado en la sala de disección, solo, completamente solo, ante el cadáver blanco y bello de la mujer, que la tela ha cubierto pudorosamente, con el pudor que impone la muerte a los ojos de los hombres que, si del mismo modo la hubieran visto viva, la hubieran bañado en su delectación. Y el impulso ha sido superior a su voluntad y a su pensamiento; el viejo se ha apoderado del primer bisturí que halló al alcance de su mano, no ha tenido tiempo de desnudarse la austera levita que viste, ha apartado la tela con un violento ademán nervioso y tremante, desorbitados los ojos, febricente como si fuera a desentrañar todas las fuentes del bien y del mal, ha hundido el bisturí en el blanco seno de la bella tendida sobre la mesa de mármol, —mármol sobre mármol— y al fin se ha encontrado solo, frente a frente, ante sus ojos inquisitivos, con el corazón de la "mujer". En este momento le ha sorprendido el artista. Tiene el viejo la expresión

anhelante, iluminados sus ojos por una ansiedad que no se calmará jamás y quisiera —se advierte bien en su rostro— descifrar ¡al fin! el misterio, más hondo que el de las más profundas entrañas de la tierra, más lejano que el de los más lejanos espacios siderales.

Pero el artista, por serlo, ha detenido para siempre al hombre en esa actitud. ¿Qué otra cosa podía hacer un artista? Hasta ahí también, hasta ese momento, debía llegar sin duda, lo que de artista y de hombre que amó, había en el viejo médico que tuvo la virtud de soñar, aun dentro de la repulsiva materialidad del hospital...

¿Acaso habría de descifrar algún misterio? ¿Acaso hay algo misterioso en el corazón de la mujer? En ese instante he dirigido la vista a "César", que ha vivido más que yo, para encontrar en sus ojos el mismo pensamiento que siento surgir en mí; pero los ojos socarrones de mi amigo están fijos en el cuadro y lucen con luz extraña, luz que antes no había visto en ellos. Yo imagino que "César" en ese momento piensa lo que yo pienso.

¿Es que hay algo, efectivamente, en el corazón de la mujer, que hace que sea un misterio eternamente cerrado, el corazón de la mujer? Puede ser, pero... Pero yo he supuesto siempre que no ha sido Dios, que no ha sido la Naturaleza, quien ha puesto ese misterio en el corazón femenino; el hombre ha magnificado, ha endiosado a la mujer, ha hecho de ella, no lo que la Naturaleza ha querido que sean, sino lo que él ha querido encontrar en ella. ¿Cuántas veces, en el amor de la mujer no nos amamos a nosotros mismos, no amamos nuestra ilusión y nuestro sueño? Quizá las grandes decepciones de los grandes enamorados no tienen otra causa y quizá, en consecuencia, no es verdad lo que afirmaba Lamartine, que en el origen de todas las grandes cosas hay siempre una mujer ¿Por qué no podrá ser esto? Esa misma necesidad que ha sentido el viejo médico, de ir, furtivamente, a apoderarse del corazón de una mujer para descubrirle su secreto de feminidad, ¿no es la expresión de que el hombre ha puesto en el corazón femenino, todo lo que siempre ha atribuido a la mujer?

El hombre se apoderó de la mujer la hizo suya en el cuerpo y en el alma, la amó así, como él la hizo y como él quiso que fuera; y cuando al fin la ha dejado sola, la ha librado al propio esfuerzo y a la propia libertad, la mujer ha querido ser todo lo contrario de lo que ha sido; la mujer quiere ser igual al hombre! ¿No expresa esto que el misterio del corazón femenino es obra de la imaginación masculina?

Mi compañero "César", que no ha recobrado todavía su

dulce sonrisa habitual, me invita, con la mirada, a continuar nuestro camino.

—¿Vamos?

—Vamos...

TRES MUJERES

Como ya no tiene novio, como la juventud se ha ido demasiado prestamente, como la belleza se ha extinguido poco a poco, la pobrecita es en la casa un tipo de añadidura, un ente ridículo que no sabe vestir, que lleva las ropas que se llevaban hace veinte años. Las hermanas, todas menores, algunas sin novio pero todas con esperanzas, le sonríen con desdén y le hablan con burlas, pero la encargan de todos los trabajos y le solicitan todos los auxilios.

Ella, que vive con el dolor angustioso de sentirse asida a la última esperanza, vive un poco avergonzada de haber perdido la vida así, tan fríamente, sin haber sabido retener a su lado al amor, el amor, que es luz y aliento y alma de la mujer Y su feminidad se rebela contra sí misma, y la histeria, que está a punto de hacer estallar sus nervios, la hace agresiva contra todos, y contra todos desata los mil látigos de la locura de su feminidad...

Los chicos de la vecindad se ríen de ella, que parece, por las tardes, junto al marco de la puerta de calle, una estampa antigua; se ríen de ella, que no consigue ocultar bajo las pinturas, dispuestas sin tino, los mil pliegues del rostro en decrepitud. Y las chicas, que pasean por la acera sus coqueterías prematuras, le clavan, despiadadas, los dardos sutiles de sus miradas, de sus sonrisas, de sus palabras armoniosas y cantoras...

La madre la compadece, y siente quizá un poco el dolor de aquel fracaso, del que se cree responsable. Al padre le inspira piedad; pero, hombre al fin, siente en su corazón algo así como un desdén por la mujer que no alcanzó a serlo del todo. Y los tíos y los hermanos, duros e incomprensivos, incapaces de una agudeza espiritual que les permita comprender la tragedia femenina, la hacen objeto de sus más despiadadas burlas.

Ella, seguramente, en el silencio de sus duras noches de fría soledad, ahoga en las intimidades de la almohada el llanto convulsivo de su histerismo irremediable. Ha sufrido durante el día la más brutal de las tragedias: la tragedia de

ver pasar a su lado a los hombres sin que la miren, sin que le dirijan una mirada de admiración o de codicia.



Tiene diez y seis años, las pupilas luminosas, rojos los labios, tersa y brillante la piel, como de fruta en sazón. Tiene el resplandor, la savia y el perfume que sólo tienen la fruta y las mujeres primaverales. Los poetas la han comparado con una flor; pero en cambio es bella, rotunda y sabrosa como fruto en plena madurez; como la fruta, es perfecta, y no puede ser ni debe ser de otro modo.

Siente que todo es hermoso y riente, porque todavía no percibe lo exterior, y en cambio ve y siente todas las cosas a través de la propia irradiación. Todo es ella misma. Y como empieza a sentir y a pensar e ignora lo que han pasado y han sentido los demás, cree que nadie ha de sorprender el secreto de su fantasía y de su corazón, y habla y ríe secretamente con las muchachas de su edad, confiándoles secretos muy íntimos y muy ignorados por todos.

Tiene la belleza eterna, la belleza inmortal de la juventud que tuvieron Julieta, María, Graciela; pero, capullo de mujer de otra edad, en el fondo de su corazón inquieto se desenvuelve el germen de un áspid. No tiene la feminidad dulce y sutil que tuvo la madre, porque la envuelve la ola de la nueva feminidad que le aporta un cierto tinte de perversión, de masculinidad absurda, con el cabello enmarañado, loco, de chiquillo tavieso.

Nadie como ella se ha sentido en el mundo tan feliz; feliz por sentirse bella, por sentirse codiciada, por sentirse amante sin haber amado. Es ella la fuerza toda de la naturaleza, es lo bello en plenitud y es la plenitud de Dios.



Mamá ya tiene el pelo blanco. Recordándola, evocándola tal como era en los días lejanos de nuestra niñez, parece expresarnos su figura que el tiempo se empeña en deshacer lo que bellamente hizo antes; parece su figura como que se hubiera ido gastando, desmenuzándose, sin que lo advirtiéramos. Un día, de pronto, mirando un retrato suyo, ya viejo, nos damos cuenta, doloridos y sorprendidos, de que ahora es otra aquella mamá de nuestra niñez; que se está yendo —sin que nosotros lo hubiéramos advertido— y que se aproxima el día en que se nos irá del todo.

El cabello ha emblanquecido por completo, las pupilas no

brillan luminosamente y parecen ocultarse tras la gruesa cortina de los párpados que caen; las mejillas están flácidas, la frente se parte en largos trazos paralelos, en la comisura de los labios (los labios que amorosamente nos besaron en los minutos de dicha y en las largas horas de angustia) se ahonda un rictus de dolor y de fatiga.

Todo esto es obra del tiempo. Pero es también obra nuestra, quizás en mayor grado que del tiempo obra de nosotros, que surgimos de su dolor; obra de nosotros, que constituímos sus hondas preocupaciones; obra de nosotros, que le provocamos lágrimas secretas; obra de nosotros, que la herimos con nuestra ingratitud; obra de nosotros, que le destruímos las mejores esperanzas; obra de nosotros, obra nuestra, que no supimos comprenderla, que no fuimos con ella del todo buenos y amorosos.

Y mirándola ahora envejecida, gastándose, desmenuzándose, más por obra nuestra que por obra del tiempo, sentimos necesidad de caer ante ella de rodillas, y hundiendo la cabeza en su regazo depositar sobre él las más ardientes, las más amargas, las más dolientes lágrimas de nuestro corazón... Y pedirle, como en los momentos de las travesuras de la infancia, con el arrepentimiento de entonces: ¡Perdón, mamá!

"ERRAR LA PICADA"

Toc!... toc!... toc! Todas las tardes, a la misma hora, entraba al café haciendo sonar su bastón, un grueso bastón en el que sostenía su cuerpo ya claudicante. Vencido el dorso hacia adelante, su cuerpo iba perdiendo el garbo que sin duda tuvo no muchos años antes; y la ropa, demasiado holgada, como si no hubiera sido hecha para aquel hombre, delataba un adelgazamiento repentino. Uno de esos adelgazamientos que revelan al par que un derrumbamiento físico, un derrumbamiento moral.

Un bigote fino que emblanquecía, bajo una fina nariz de arco, y sombreadas por gruesas cejas negras, las pupilas, también negras, tenían extraña expresión. Eran unos ojos perennemente azorados, como si contemplaran siempre un mismo espectáculo incomprensible. Pero no era un azoramiento humano el de aquellas pupilas; recordaban el azoramiento de los ojos de los corderos cuando el cuchillo del matarife va decapitando, pieza por pieza, todo el rebaño. Sin duda había en su corazón la misma sensación de espanto que sufre el cordero en el instante del sacrificio!

Se sentaba siempre junto a una misma mesa y un minuto después llegaba el mismo camarero y le colocaba en frente una taza de café y un platillo con tres terrones de azúcar. El camarero hacía siempre la misma pregunta y el parroquiano contestaba siempre con la misma frase:

—Buenas tardes... ¿Qué dice?

—Qué querés que diga, ché! ¡Erré "la picada"!

El camarero volvía el rostro para que no le viera sonreir y se dirigía a otra mesa.

Una hora, dos horas, más a veces, quedaba el hombre frente a la taza de café, que no siempre bebía. Sus ojos, fijos en un punto cualquiera, a veces en la pared, a veces en el techo, a veces en el suelo, no perdían jamás su expresión de azoramiento. De pronto erguía el talle, y un ruidoso suspiro salía de sus labios.

A veces alguien se le aproximaba:

—¿Cómo está, don Robustiano?

Le dirigía una mirada de sus azorados ojos y contestaba con acento desolado:

—Cómo querés que me vaya, ché! Erré "la picada"!

Después de aquellas largas horas de ensimismamiento, se ponía lentamente en pie y volvía a sonar el golpe de su bastón en las tablas del piso: Toc! toc! toc!

Salía.



Y se recostaba en una de las columnas pesadotas y antiestéticas de La Pasiva, de frente a la acera, contemplando el paso de los transeuntes. Lugar que dispone de concurrencia propia e inconfundible, donde se tratan pequeños negocios, donde ejercen sus funciones curiales al menudeo, prestamistas de dura entraña y gritones vendedores de lotería, hallaba don Robustiano en aquel sitio y entre aquella gente, cierta consideración en el trato que era para su corazón el solo consuelo que le restaba.

Don Robustiano había sido diputado nacional. Sólo hacía un año que había dejado de serlo y no habiendo podido volver a la Cámara, su vida habíase tornado un martirio de desolación.

En su pueblo, allá por el centro de la República, vivó muchos años ignorado e ignorante; sin ambición y sin horizontes. Pero un día fué despertado de su situación de larva humana, cuando el comisario de policía le persuadió de que podía acaudillar a toda la gente de la estancia en que trabajaba e influir en el resultado de las elecciones.

Su carrera fué rápida. Ganó la elección seccional; fué presidente de un club; volvióse hombre de consulta para el mismo comisario, y tres años más tarde, después de la elección siguiente, don Robustiano, salido ya del estado de larva, llegaba a Montevideo con los poderes de representante nacional debajó del brazo.

Bien sabía él lo que debía hacer en la Cámara y excelentes condiciones tenía para ello. Conocedor de los hombres y de la política, no se había equivocado el comisario de su "pago" cuando lo indujo a acaudillar en las elecciones la gente de la estancia. Cumplió invariablemente con el gobierno, y si bien es verdad que jamás pensó en contrariarlo, cierto era también que carecía de todas las condiciones necesarias para obrar por cuenta propia.

Un día se dividió en dos el partido del gobierno y el gobierno mismo. ¿Qué hacer? El que hubiera visto la perplejidad de don Robustiano en aquel trance, podría haber afirma-

do que hasta entonces el mundo no había sabido lo que era perplejidad. Pero el jefe de una de las fracciones del partido, le llamó a su despacho y le pidió su adhesión. El hombre se creyó salvado al fin. Esto precisamente fué lo que perdió a don Robustiano. Aceptó inmediatamente; aceptó con regocijo.

Sin embargo, acababa de elegir la peor parte. Seis meses después, producida una nueva elección, don Robustiano tuvo que abandonar la banca legislativa a otro; precisamente al comisario que lo había sacado en mal momento, de su estado de larva...

Don Robustiano había "errado la picada".



De muchas cosas impensadas y desconocidas se habían llenado su cerebro y su corazón desde el día en que llegó a Montevideo convertido en diputado nacional; de muchas cosas que le impedían ahora volver al "pago" y ser de nuevo la larva humilde que había sido. Todo se le había derrumbado de pronto... y no tenía condiciones para ponerse a reconstruir.

Y abandonaba bajo los arcos de La Pasiva la amargura de su tragedia íntima. Y cuando un prestamista, cuando un vendedor de lotería, cuando un lustrabotas, se le aproximaba a conservar, con cierto respeto pues lo veían aureolado por el recuerdo de una actuación legislativa que nadie conoció, las pupilas de don Robustiano mostraban todo su azoramiento y su voz desolada repetía:

—Qué querés que te diga, ché!... ¡Erré "la picada"!

BARTOLITO, EL COCHERO

Eramos tres muchachos que recién nos lanzábamos a la vida. Creíamos en todo y lo esperábamos todo... Creímos en la excelsitud del mundo, soñábamos con la gloria, y poseíamos gloriosamente las más absurdas y bellas fantasías. Nada nos detenía, todo lo podíamos, todo era nuestro, nada nos inquietaba; el presente era bello, y más bello aún debía ser el porvenir. Eramos, evidentemente, tres grandes hombres, grandes y gloriosos como nadie más que nosotros pudo serlo. (En el fondo de esta evocación todavía me sonríe el más bello y amable rostro femenino).

Como el mundo era nuestro, como nada se oponía a nuestro antojo, emprendimos la conquista de todo, sin lograr nada, pero creyendo conseguir cuanto quisimos alcanzar. (Fué mucho más tarde, cuando empezamos a darnos de bruces contra la vida, que nos dimos cuenta que de todo aquello no quedaba en nuestras manos sino una insignificante mácula de ceniza).

En aquellas horas gloriosas tuvimos los tres un compañero excelso en Bartolito. Pero Bartolito ya no tenía nuestra edad, y, lo que era peor para él, no tenía ni nuestros sueños, ni nuestras esperanzas, ni nuestra confianza en las cosas todas del mundo. Quizá Bartolito no tuviera ya ni un sueño, ni una esperanza, ni una confianza en las cosas de este mundo. Pero tenía algo que lo acercaba a nosotros que le hacía sin duda admirarnos y sin duda querernos: Bartolito nos comprendía y éramos para él un placer, evidentemente.

Bartolito era un cochero, un cochero de la plaza Cagancha. Los automóviles han desalojado para siempre a los coches de plaza, que en verano se achicharraban al sol y en el invierno escurrían toda el agua de las lluvias, inmóviles a los bordes de la plaza Cagancha y de la plaza Independencia. Para hallar en Montevideo un carruaje, era de todo punto indispensable acudir a esos lugares, a cualquier hora.

Bartolito era una mezcla de japonés, de chino, de indio "pampa" o de "tape". Bajo de estatura, ancho de espaldas, tenía la cara redonda, de color cobrizo y de piel resquebra-

jada; la nariz era chata, el bigote (¡era en los tiempos del bigote!) fino, negro y cerdoso, surgiendo sólo de las comisuras de la boca. Sus ojillos —no alcanzaban a ser ojos— eran pequeños, estirados y oblicuos. Se tocaba la cabeza, de pelo renegrido y duro, con la "galerita" obligada de los cocheros de plaza. Toda su indumentaria era verde, verde desde el sombrero a los botines, por la obra lenta y constante de las lluvias y de los soles.

En las noches de Carnaval, y en todas nuestras noches de fiesta, que eran casi todas las noches, el carruaje de Bartolito, incluído Bartolito en primer término, era nuestro. Era una de esas volantas que pomposamente llamábamos "victorias", que no tenían más resguardo que una capota contra el sol y contra la lluvia, que iba en verano volcada hacia atrás, para lucimiento del pasajero, puesto que en aquellos días todavía era un lujo el viaje en coche.

En los días y a la hora en que sospechaba que nosotros iríamos en su busca, Bartolito se negaba en redondo a alquilar su volanta, quienquiera fuese el que se la solicitara; no importaba que le ofreciera por el alquiler el doble de lo que habríamos de pagarle nosotros. Bartolito nos guardaba una fidelidad escalofriante y perjudicial para sus intereses de cochero.

Mientras viajábamos en su carricoche, al trote rítmico de sus caballos, entre fustazo y fustazo, Bartolito exclamaba, con hondo regocijo y riendo hasta hacer desaparecer del todo sus ojillos oblicuos:

—¡Nunca he visto unos muchachos más divertidos!... ¡Muchachos lindos!...

Muchas veces, al final de una noche de diversiones, al salir de un restaurante, comprobábamos que no quedaban en nuestros bolsillos más que diez o doce pesos que debíamos pagarle al cochero, y resolvíamos regresar inmediatamente a casa, sin esperar a que el sol, ascendiendo demasiado rápidamente en el horizonte, nos advirtiera que había llegado la hora de ir a dormir. Y Bartolito, que más de una mañana tuvo que ir él mismo a abrir la puerta de la casa de cada uno y depositarnos solícitamente, quizá un poco paternal, en el zaguán o en la primera habitación que encontraba, se negaba resueltamente a que interrumpiéramos tan desusadamente nuestra correría... Entonces, cuando le decíamos: "¡Bartolito, a dormir!", se rebelaba Bartolito a nuestra orden, y poniéndose de pie en el pescante, levantando sobre su cabeza ambas manos, en una de las cuales empuñaba el látigo, su inestimable atributo, y como tenía ya su dinero en el bolsillo, exclama, resuelta y entusiastamente:

—¡A dormir, no!... ¡Siga la farra!... ¡Ahora pago yo, muchachos!... ¡Ahora soy yo quien paga!

Y había que seguir a Bartolito, y, en honor a la verdad histórica, es necesario decir que alguna madrugada o alguna mañana luminosa de verano, nuestras tres cabezas de muchachos se confundieron con la de Bartolito, tumbadas en racimo sobre la mesa de un café o de un restaurante.

Han pasado muchos años. Han pasado, evidentemente, lamentablemente, más de veinte años. De tales muchachos no quedan sino estos recuerdos que traza una mano que, por la emoción que la mueve, parece ya que fuera de viejo... ¿Y Bartolito? ¿Dónde estará ahora Bartolito?

Algunos años después de aquella época, muchas veces, al cruzar por la plaza Cagancha alguno de nosotros, Bartolito se nos aparecía al paso y nos saludaba sonriente, lleno de emocionada ternura su rostro cobrizo, achicando aun más sus ojillos oblicuos, arrugando aun más la piel requebrajada de su cara de chino o de japonés o de "pampa" o de "tape".

Cierta vez —¿cuándo fué esa vez, que no pudimos advertirla?— Bartolito desapareció, terminó su reinado, cuyo trono era, sin duda, el pescante. Tal vez se lo llevaron por delante, desalojándolo para siempre, los primeros automóviles taxímetros que rodaron por las calles de Montevideo. Pero Bartolito y su carricoche tienen vida perdurable en nosotros. Bien merece un poco de "inmortalidad" en nuestro recuerdo. La memoria de Bartolito es la memoria de los días más tontamente hermosos de nuestra vida, de la vida de los tres muchachos que creíamos en todo y que esperábamos todo, incluso en el amor enorme y eterno de aquella muchachita cuyo rostro, desde el fondo de los recuerdos, todavía nos sonríe como la más bella y amable promesa femenina...

¿Dónde estará ahora Bartolito?

(He escrito esto con la vaga esperanza de que Bartolito llegue a leerlo. No sólo como homenaje a él, sino como homenaje a todos los cocheros de Montevideo —elementos de la prehistoria social— porque Bartolito no fué un ejemplar único o aislado en los alrededores de las plazas de nuestra ciudad, sino porque, como él, fueron todos aquellos hombres de indumentaria verde, verde desde el sombrero a los botines, por la obra lenta y constante de las lluvias y de los soles...)

18 DE JULIO Y ANDES

Me contaron mis abuelos que esta esquina, hace casi un siglo, fué apostadero de diligencias, esos enormes coches que en su tiempo también fueron expresión de progreso porque sustituyeron a las carretas de bueyes —especie de hogares ambulantes— en sus funciones de transporte de pasajeros y carga en todo el territorio de la República. Esta esquina, núcleo suburbano cuando la ciudad terminaba en la calle Ciudadela (que es donde ahora recién empieza) era entonces lugar de concentración de las relaciones campesinas con las ciudadanas. En ella también estaba ubicada la confitería de "La Buena Moza", predilecto lugar de reuniones masculinas, no sólo por la atracción natural de la índole del negocio cuanto por la atracción extraordinaria —aunque también natural— que ofrecía "la buena moza" que se ostentaba como en la magnificencia de un altar detrás de mostrador donde triunfaban los colores abigarrados de los alfeñiques y de las "pastillas de corazón".

En esta esquina, donde ahora tenemos esta obsesión de cemento armado que es el rascacielos de Salvo, se concentró toda la vida aldeana de una población primitiva que a la puesta del sol se refugiaba tras los muros de la ciudad por el temor a las sombras y a los salteadores.

Más tarde, el ferrocarril desplazó esa concentración de actividades (no eran febriles, ni siquiera inquietas, las actividades de entonces) hacia otros lugares de la ciudad, ya ella misma desplazada hacia afuera. Así empezó a irse, a desaparecer, la tradición de las costumbres.

Después, durante muchos años, durante quien sabe cuántos años —ya en la época en que la conocimos nosotros— quedó esta esquina abandonada al paso lento y trepidante del Tranvía Oriental, que anunciaba su paso con el campanilleo de sus caballos y el trepidar de su insegura armazón. Días enteros sólo permanecía allí, gacho el pescuezo y arrastrando los arreos, el caballo de "cuarta" del viejo tranvía a la Unión y Maroñas, el primero de los tranvías que tuvo Montevideo y que comenzó a funcionar sobre rieles de madera. Sólo había

allí alguna rueda de chiquillos, cuando "el negro Sayago" daba al aire las estridencias de su clarín que brillaba al sol, anunciando una corridas de toros o un remate de Piria.

El "Almacén de la Feria", en su vidriera llena de mates —el de los mates era un negocio de la época en que llegaba allí las diligencias— ostentaba todos los días los programas de los teatros y era allí, precisamente, donde al atardecer íbamos a enterarnos de los espectáculos del Solís, del Cibils o del San Felipe. El "Café Nuevo" —viejo ya entonces— concentraba parroquias de toda catadura, que rememoraban las corridas de toros y que si todavía no apostaban a las "quinielas" en cambio ya jugaban al monte y a las carreras.

En esos tiempos —que no están muy lejos, sin embargo— todavía se podía atravesar las calles leyendo el diario sin peligro para nadie. Tiempos tranquilos, patriarcales, sólo turbados por las inquietudes que ponían en los espíritus las noticias de las revoluciones, tiempos de los cuales sólo nos queda ahora el mismo sol, cálido, luminoso y transparente, en que se baña la ciudad en los días de nuestro verano maravilloso.

Un día cruzaron las calles de Montevideo los primeros tranvías eléctricos y uno de ellos atravesó esta esquina llenándola con su inquietud de hierros y con el zumbido irónico del troley que silba en el cable. Otro día el acero bruñido del asfalto se tendió en medio de la calzada, ante la protesta de los carreros y de los cocheros y la esquina de 18 de Julio y Andes fué el más grande núcleo de concentración ciudadana.

EPISODIOS DE LA CRAPULA

Era en una de las calles más típicas de la ciudad. La calle Yerbal, con las de Camacuá y Santa Teresa, constituyó el radio central del Montevideo de hace medio siglo. Todas las viejas familias montevideanas se encontraron unidas en aquel tiempo por el vínculo del avecinamiento en esas calles y de esa vecindad surgieron largas amistades y los enlazamientos familiares que constituyeron, puede decirse, el primer núcleo de la sociedad de Montevideo.

La expansión urbana fué poco a poco descentrando ese núcleo, hasta que el radio más central de la ciudad, quedó convertido en suburbio que luego fué asiento de lo que hoy es todavía; de lo que Emilio Frugoni llamó el "barrio infame" Y dentro de poco, ganados esos terrenos para la Rambla Sur, magnífica obra edilicia que ha de transformar el viejo aspecto ciudadano, habrá desaparecido para siempre el barrio que concentró un día a las antiguas familias montevideanas y que constituye —¡hoy todavía!— el barrio infamante.

Todo lo que aconteció allí, empieza ya a ser historia.

Para muchos montevideaños, todavía jóvenes, las casas de juego, abiertas siempre a la degradación de los viciosos y a la ilusión de los ingénuos, no son más que un recuerdo; para otros, no serán más que un secreto.

La policía, quién sabe porqué diversidad de circunstancias, las toleraba, y una concurrencia heterogénea llenaba las casas de El Tábano, de Camila, de Esperón y otras que no tenían la popularidad de éstas.

La catedral de esas casas y también la catedral del barrio infame, era la de El Tábano, ubicada en la calle Yerbal, frente al viejo mercado central donde se aglomeraban todas las madrugadas los carros portadores de aprovisionamiento de verduras y frutas de la ciudad. Muchos de esos "quinteros", parroquianos asíduos de El Tábano, dejaron en las mesas de juego, en la ruleta o en la "encartada", íntegro el fruto de su noble esfuerzo sobre la tierra.

Cuando el sol se tendía ya sobre al calle, todas las ma-

ñanas, descendían la sucia escalera de mármol de El Tábano, los mismos o semejantes jugadores, con la ropa cubierta de polvo, el rostro demacrado, intensamente sombreados los ojos, la misma impresión de desaliento, la misma sensación de derrota en todos los ánimos.

——!!!!!——

—¿Tiene armas, señor?

—No señor...

—Suba...

Está la entrada expedita; no se necesita otra cosa para que se haga accesible el antro. Subimos.

Es un viejo caserón al que da acceso una sucia escalera de mármol en cuya mitad hay un tramo más ancho que los otros, un descanso. Desde allí ya se oye el rumor de colmena que vibra en toda la casa y se percibe el ruido de los rastrillos al recoger las fichas de sobre la mesa.

La parte superior de la escalera, circundada por una baranda de hierro, está sobre un patio en cada uno de cuyos laterales hay dos habitaciones con otras tantas puertas. La habitación que da sobre la calle es un enorme salón que en los momentos en que pisamos el patio, se encuentra repleto de concurrencia. La atmósfera es asfixiante apesar del frío de la calle; un vaho repulsivo sale por la puerta del salón.

—Puerta... Derecho... Canturrea una voz ronca.

Es la mesa en que se juega a la "encartada", más interesante, para el observador que la ruleta. La tabla, cubierta por el imprescindible tapete verde, rayada en todo su alrededor por dos líneas blancas paralelas, se halla cubierta de fichas de diversos colores y de varias formas. La mesa podrá tener unos cinco metros de largo y se encuentra rodeada por cerca de doscientas personas. Es necesario realizar un esfuerzo para colocarse junto a la mesa, de manera que se pueda ver el juego y los rostros de los jugadores.

—Siete y valé... Canta la voz ronca, la misma que se oyó al entrar, y una infinidad de manos se tienden sobre la carpeta, dejando sobre ella fichas y algunas monedas de níquel y de plata.

—Se vá... Dice la misma voz, y los jugadores quedan en silencio, en un hondo silencio de espectativa, en el que sólo se oye el leve roce que producen las cartas al ser sacadas del mazo, por la hábil mano del tallador.

De pronto una voz trémula, que sale de un pecho anhelante y pasa a través de una garganta que se adivina seca, dice, haciendo levantar algunas cabezas: "Juego!" y la voz

ronca del tallador contesta, entre solemne y amenazante: "Juegue!" Y cuando una mano trémula ha dejado una nüeva ficha sobre la mesa, canturrea de nuevo la voz ronca:

—Puerta... Derecho... derecho...

De nuevo el silencio.

Dos campanadas sonoras y graves, solemnes como la voz de un sacerdote o de un juez en funciones, se descuelgan de un reloj, viejo y también sucio como toda la casa, que está colocado en una de las paredes laterales del salón.

¿Qué le importará a nadie la hora en esos momentos? Son las dos de la mañana de un domingo, la hora y el día en que el juego está en toda su magnitud, en todo su esplendor, si es que las grandes miserias humanas pueden también tener esplendor.

—Valé, canta la voz del tallador con acento triunfal porque ha salido la carta que tiene menos "posturas". Sobre las palas se oye el golpecito seco de las fichas al ser recogidas. Hay en aquel momento caras que se miran entre sí con gestos de impaciencia, otras con miradas de júbilo, las más con expresión de infinito desaliento.

Hay un muchacho, cuyo rostro refleja la angustia de su inexperiencia y que muestra a su vecino una ficha en la palma de la mano. La última, tal vez, de todas las que fué colocando en la mesa y que se fué llevando la flexible pala durante esa larga noche. Su vecino, volviendo hacia él su rostro en que se pinta la crápula, le explica: —¿No ve usted que se está dando un "si-no" de "judías"? El muchacho lo mira sin comprender...

—Aire de cinco!

Han salido dos cartas iguales y vuelven a tirarse sobre éllas otras dos:

—Tres y cinco!

Casi todas las manos se tienden esta vez rápidamente, sin vacilación, para jugar al tres, que seguramente tiene más probabilidades de ganar. Sólo una mano temerosa, con ademán furtivo, coloca una ficha en favor del cinco.

No han salido diez cartas, sin embargo, el tallador canta el cinco.

Gesto de estupor en unos; ademán de impaciencia en otros. La mano que jugara tímidamente al cinco, recoge, ya sin reparar, su ficha duplicada.

Los encargados de pagar y recoger las fichas, observan con admirable vivacidad el menor movimiento de cada uno de los jugadores, los que están sometidos a sus voces de mando..

De la habitación vecina se oye la voz del tahur que hace

girar la ruleta, que a intervalos más o menos breves, canta con voz destemplada:

"Se va"... "No va más"...

Un murmullo de voces medio apagadas que ha empezado a percibirse en un extremo del salón, de pronto ha ido haciéndose mayor, hasta que se ha convertido en griterío. La gente se alarma, se arremolina alrededor del grupo; unos tratan de imponer silencio en tanto que otros excitan a los que pelean. Los jugadores echan mano a las fichas que tienen sobre la mesa. Ya nadie atiende el juego y el tallador, un hombre grande y recio, se coloca entre los que discuten y con voz imperiosa; amenazando con los puños, intenta aplacar los ánimos. De pronto, entre el hacinamiento de gente que gesticula, brilla siniestro un revólver.

El grupo se dispersa, muchos salen precipitadamente al patio y se oye un tropel de tacos en al escalera. Es el pánico. En tanto, llena toda la casa la voz ronca del tallador que grita desaforadamente:

—No disparen!... No es nada!... No disparen!... No disparen!...

La noche es clara y serena; un cielo profundo, un cielo obscuro, muestra todo el maravilloso caudal de sus estrellas y cubre a todos los hombres por igual...

INDICE